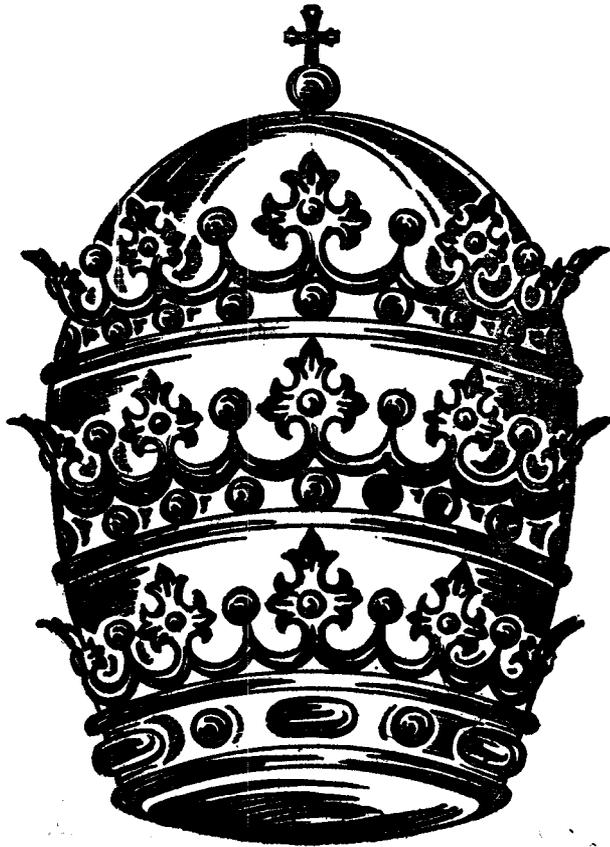


CRISTIANDAD



Pedro, en virtud del primado, no es sino vicario de Cristo, por donde no existe más que una cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo; el cual, sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que, después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en El, sino también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna

~~además visiblemente por aquel que~~
en la tierra representa su persona.
PIUS XII
Enciclica *Mystici Corporis*

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A SU SAGRADO
CORAZON

BARCELONA

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22 24 46

M A D R I D

Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

SUMARIO

CRISTIANDAD dedica este número al Vicario de Cristo, Su Santidad Pío XII, y emocionadamente responde a la carta, publicada en nuestro número anterior, procedente de la Secretaría de Estado de Su Santidad.

DEL TESORO PERENNE:

Los fragmentos que publicamos de la Encíclica «Mystici Corporis» van precedidos de una presentación, **La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo**, por J. B. B. (pág. 266), y de un cuadro sinóptico, **Esquema de la Encíclica «Mystici Corporis»** (pág. 267), en el cual se han señalado con asteriscos aquellos puntos que se transcriben (págs. 268 a 274).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Eso que llaman Europa, por Arturo Juncosa Carbonell, S. I. (págs. 275 y 276).

Europa y la Cristiandad, por Jesús Sáinz Mazpule (págs. 276 y 277).

¿Es posible la convivencia pacífica de la Rusia comunista con las demás naciones del mundo? por Vicente Muntadas Rovira (págs. 277 a 279).

Karl Jaspers: «Nietzsche y el Cristianismo» por J. S. M. (pág. 279).

La contrarrevolución mundial (II), por J. L. Vázquez Doderó (págs. 280 y 281).

PLURA UT UNUM:

Los Ejercicios y la mentalidad cinematográfica, por S. I. (páginas 282 a 284).

DE ACTUALIDAD:

De la Quincena de la Cruz, por Himmanu-Hel (págs. 285 y 286).

De la Quincena de la Cruz, por Shehar Yashub (págs. 286 a 288).



A Su Santidad el Papa Pío XII

Santísimo Padre:

La especial dignación con que Vuestra Santidad ha tenido a bien honrar nuestra revista, dedicándole las bondadosas palabras que recibimos a través de esa Secretaría de Estado, llena nuestras almas de filial reconocimiento.

En aquellas alentadoras frases que, como resonancia de la voz del Vicario de Cristo les llegan, los que «con temor y temblor laboran» en «Cristiandad» encuentran la confianza de la aprobación paterna. Bien es verdad que ellos quisieran adelantar en el Ideal que Su Santidad les señala, de «iluminar las conciencias en los humanos acontecimientos con criterio sobrenatural, realizando así un valioso apostolado».

En esta hora, que es para muchos hora de confusión y desaliento, quisieran, efectivamente, poner todo su esfuerzo en difundir la esplendorosa luz de Cristo y la esperanza en su misericordia; esperanza ordenada, no solamente a la consecución de los bienes eternos, sino también a la implantación de un recto orden social bajo la soberanía de Cristo y la maternal primacía de su Iglesia.

Hondamente persuadidos, sin embargo, de que semejante tarea entraña una responsabilidad abrumadora y de que esta responsabilidad sólo encontrará alivio verdadero en quienes sepan abandonarse al misericordioso auxilio del Corazón de Cristo, hacen profesión de sumiso y filial acatamiento a la Persona de su Vicario en la tierra; cuya Bendición Apostólica, junto con la seguridad en la eficacia de Su plegaria, constituye para cuantos aportan su colaboración a esta empresa el más eficaz aliento para perseverar en ella.

FERNANDO SERRANO

Director

Barcelona, 15 de junio de 1951.

LA IGLESIA, CUERPO MISTICO DE CRISTO

(Enc. de S. S. Pío XII, 29-VI-1943)

«ISTUD EST CORPUS EXTRA QUOD NON VIVIFICAT SPIRITUS»

(San Gregorio, Papa)

«Algunos no se consideran ligados por la doctrina, expuesta hace pocos años en una Encíclica nuestra y apoyada en las fuentes de la Revelación, que enseña que el *Cuerpo Místico de Cristo* y la *Iglesia Católica Romana* son una sola y misma cosa.»

(PIO XII, Enc. *Humani Generis*.)

Carácter, plan y oportunidad de la Encíclica «*Mystici Corporis*»

La Encíclica que a continuación se resume, según escribe su editor y comentarista P. Sebastián Tromp, S. J., «*lleva claramente impresa la señal de los tiempos calamitosos en que ha sido publicada; y, sin embargo, trasciende estas humanas circunstancias no menos que la Iglesia misma: sin duda alguna es y debe ser considerada como una Epístola dogmática*». Y con razón, pues el Papa hace constar, en efecto, que habla «*como Maestro de la Iglesia universal*», y «*a toda la grey cristiana*».

Su inserción en esta serie de números que CRISTIANDAD dedica a hablar directamente de la vida sobrenatural no necesita ser justificada: la doctrina del *Cuerpo Místico de Cristo* es como la síntesis de toda la doctrina católica sobre la vida sobrenatural.

En primer lugar, la Encíclica se propone presentar una imagen tal de la Iglesia y de la unión de los fieles con Cristo en Ella, que no pueda menos que atraer irresistiblemente a los hombres. El tema, por lo mismo, se desdobra: el Papa definirá, primero, lo que es la Iglesia, para lo cual no encuentra expresión más excelente que la de *Cuerpo Místico de Cristo*, la cual brota de la Escritura y de los Santos Padres: «*Fácilmente se ve* —escribe el ya citado Padre Tromp— *que el Pontífice, siguiendo en este punto los pasos del gran León XIII, quiere mostrar con evidencia que la misma Iglesia que Cristo edificó como un cuerpo social sobre el Príncipe de los Apóstoles es exactamente la que unió a Sí con su sangre en la Cruz como Cuerpo místico suyo*.» La Iglesia, realidad social, es idénticamente la Iglesia, realidad espiritual.

En segundo lugar, se propone la Encíclica «*que aparezca claramente a cuantos buscan con piedad, sobriedad y diligencia qué cosa sea aquel «Estar Cristo en nosotros y nosotros en Cristo» de San Pablo*» (P. Tromp).

Desgraciadamente, el resultado pretendido por el Sumo Pontífice no se ha logrado completamente. Siete años después, la Encíclica «*Humani generis*» viene a recordar que todavía «*hay quienes no se consideran obligados por la doctrina (expuesta no hace muchos años en una Encíclica nuestra y apoyada en las fuentes de la Revelación) que enseña que el Cuerpo Místico de Cristo y la Iglesia Católica Romana son una misma cosa*»; llegando con esta actitud «*a reducir a una vana fórmula la necesidad de pertenecer a la verdadera Iglesia para alcanzar la eterna salvación*».

Es, pues, preciso insistir más en la exposición de esta doctrina; y en un momento en que «*la Iglesia de Dios no sólo es despreciada y soberbia y hostilmente rechazada por*

aquellos que, menospreciando la ley de la sabiduría cristiana, vuelven miserablemente a las costumbres, doctrinas e instituciones del paganismo antiguo, sino que muchas veces es ignorada, descuidada y aun mirada con cierto tedio y hastío por muchísimos cristianos, atraídos por la falsa apariencia de los errores o halagados por los alicientes y corruptelas del siglo». «*Hay, pues, motivo —sigue diciendo el Papa— para que celebremos y pongamos a los ojos de todos la hermosura, alabanzas y gloria de la Madre Iglesia, a quien, después de Dios, debemos todo*» (Encl. «*Mystici Corporis*»).

Fragmentos publicados en el presente número

Los fragmentos que a continuación se publican versan en su totalidad sobre el punto cuya desatendida importancia nos acaba de recordar Su Santidad, y que constituye el primero de los fines de la «*Mystici Corporis*»: mostrar la coincidencia real de la Iglesia una, santa, católica, apostólica y romana con el *Cuerpo Místico de Cristo*. El error (entre los muchos y graves que han aparecido en esta materia) que se quiere principalmente combatir con su publicación en este número es el *ecumenismo*, o sea la tendencia a considerar una unidad espiritual, *pneumática*, como dicen, que trasciende los límites de la Iglesia «*jurídica*», de la Iglesia romana sometida al Vicario de Cristo, y que, por consiguiente, englobaría indistintamente a todos los cristianos de cualquier «*rama*» del cristianismo: católica, anglicana u ortodoxa. Más todavía: esta «*Iglesia*» *carismática* se extendería a todos los hombres de buena voluntad, sea la que sea la religión a que estén adheridos, y que podrían llegar por ellas a la santidad y unión mística con Dios.

Al ver cómo se hace inútil, de esta suerte, «*todo esfuerzo por salir de un estado en el que no pueden estar seguros de su salvación eterna*», el Romano Pontífice les advierte:

«*Así como en la verdadera congregación de los fieles existe un solo Cuerpo, un solo Espíritu, un solo Señor y un solo Bautismo, así no puede haber más que una sola Fe; y, por lo tanto, quien rehusare oír a la Iglesia ha de ser tenido por gentil y publicano, según el mandato del Señor. Por lo cual los que están separados por la fe o por el gobierno no pueden vivir en este único Cuerpo y de su único Espíritu.*»

Y por esto con paternal emoción les exhorta:

«*Entren, pues, en la unidad católica, y unidos todos con Nos en el único organismo del Cuerpo de Cristo, júntense con una sola Cabeza en comunión de amor gloriosísima.*»

J. B. B.

Esquema de la Encíclica MYSTICI CORPORIS

PROEMIO

1. La doctrina del **Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia**, por la que aparece en su propia luz el gran beneficio de **nuestra incorporación en Cristo**, invita por sí misma a su contemplación.
2. Sublimidad de esta doctrina y adecuación a las presentes circunstancias.
3. Situación de la Iglesia: muchos, aun separados de ella, la consideran el único puerto de salvación; pero muchos también, incluso entre los cristianos, la desprecian o miran con hastío.
4. Esperanza de que esta enseñanza fructifique:
 - 1) en momentos en que se echa de ver claramente la futilidad y vanidad de lo terreno;
 - 2) en que el espectáculo de la unidad de la Iglesia no puede menos de llamar a admiración y atraer a los extraños.
5. Interés por esta materia, atribuible:
 - 1) al renacimiento litúrgico;
 - 2) a la Comunión frecuente;
 - 3) al culto más intenso al Corazón de Jesús;
 - 4) a la doctrina y constitución de la Acción Católica.
6. Acerca de esta doctrina se introducen algunos errores o ideas imprecisas, aun entre los fieles, en especial:
 - 1) el **racionalismo** que perdura, negando cuanto trasciende el orden natural;
 - 2) el **naturalismo**, afín a aquél, que no ve en la Iglesia más que vínculos jurídicos y sociales;
 - 3) un **falso misticismo** que se insinúa fraudulentamente.
7. A causa de estos errores, algunos consideran **peligrosa** esta doctrina, cuando en realidad no pueden, de sí, ser dañosos a los hombres los misterios revelados por Dios.
8. La exposición de los mismos es objeto de la presente Encíclica.

I.—La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo

A La Iglesia, «Cuerpo». *

Uno, indiviso, visible. *
Orgánica y jerárquicamente estructurado.
Dotado de medios vitales de santificación, a saber: los Sacramentos.
Compuesto de determinados miembros. *
Sin excluir a los pecadores.

B La Iglesia, Cuerpo «de Cristo».

1. Cristo «Fundador».
 - a) Al predicar el evangelio.
 - b) Al morir en la Cruz.
 - c) Al promulgar la Iglesia el día de Pentecostés.
2. Cristo, «cabeza».
 - a) Por razón de su excelencia.
 - b) Por razón de su gobierno, ejercido de modo invisible y extraordinario de modo visible y ordinario, por el Romano Pontífice * por medio de los Obispos, en las Iglesias particulares.
 - c) Por razón de la mutua necesidad
 - d) Por razón de la conformidad
 - e) Por razón de la plenitud
 - f) Por razón del influjo iluminando santificando
3. Cristo, «sustentador» del Cuerpo.
 - a) Por razón de la misión jurídica, por la que envía a los Apóstoles como representantes suyos.
 - b) Por razón de la comunicación del Espíritu de Cristo que es el alma de su Cuerpo Místico.
4. Cristo, «Salvador» del Cuerpo.

C La Iglesia, Cuerpo «Místico» de Cristo.

Cuerpo místico y cuerpo físico.
Cuerpo místico y cuerpo meramente moral.
La Iglesia jurídica y la Iglesia de caridad. *

II.—Unión de los fieles con Cristo

Vínculos jurídicos y sociales.
Virtudes teologales.
Amor al prójimo.
Cristo abraza a los fieles con inmensa comprensión y eterno amor.
La Iglesia, «plenitud» de Cristo.
La inhabitación del Espíritu Santo.

III.—Exhortación Pastoral

Errores de la vida espiritual.

Falso misticismo.
Falso quietismo.
Errores acerca de la confesión y oración.

Exhortación a amar a la Iglesia.

Que el amor sea sólido.
Que veamos a Cristo en la Iglesia.
Que imitemos el amor de Cristo a la Iglesia.

- a) En la plenitud del afecto.
- b) En su activa solicitud.
- c) En la continua oración.
Por los miembros de la Iglesia.
Por los que no lo son todavía. *
Por los Reyes y gobernantes.
- d) Cumpliendo lo que falta a la pasión de Cristo. *

EPÍLOGO

La bienaventurada Virgen María.

* Los asteriscos señalan los puntos de la Encíclica que interesan de un modo especial al tema del presente número y que publicamos a continuación. Los títulos de los pasajes hacen referencia a dichos puntos de este esquema.

VERDAD Y CARIDAD

PROEMIO

En el proemio de la Encíclica, que publicamos íntegro a continuación, aparecen claramente enunciadas desde sus primeras palabras las ideas centrales del documento, y se manifiesta el carácter doctrinal del mismo. Pero es, además, especialmente interesante porque en él se trata de mostrar y hacer patente la actualidad concreta del tema «en las presentes circunstancias en que nos encontramos».

El Papa confía en que fructificará entre los fieles esta doctrina por la que se nos revela el carácter divino de la Iglesia en un momento en que «se echa de ver quizá más claramente que nunca la futilidad y vanidad de todo lo terreno», palabras que ciertamente son hoy más verdaderas que en 1943.

Para los que están fuera de la Iglesia, confía que no les sea desagradable ni inútil, porque el espectáculo del caos

y división del mundo les llevará a admirar la unidad de la Iglesia y «con la inspiración y ayuda de la gracia divina se verán atraídos a participar de la misma unidad y caridad». Como veremos por otros lugares fundamentales del documento la caridad universal del Vicario de Cristo le impulsa a proclamar amorosamente la verdad de Cristo y de la Iglesia a todos los hombres, no a desdibujarla en un ecumenismo que diluya la unidad de la fe. «Nos estamos persuadidos—dice Pío XII en la Summi Pontificatus— que el principal deber que nos impone nuestro oficio... es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica». «Nos esforzaremos por imitar al divino modelo de los Pastores, Jesús, el Buen Pastor, que es al mismo tiempo luz y amor»: «Veritatem facientes in charitate».

LA doctrina del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, (Cf. Col. 1, 24.) recibida primeramente de labios del mismo Redentor, por la que aparece en su propia luz el gran beneficio, nunca suficientemente alabado, de nuestra estrechísima unión con tan excelsa Cabeza, es a la verdad de tal índole, que por su excelencia y dignidad invita a su contemplación a todos y cada uno de los hombres movidos por el Espíritu divino, e ilustrando sus mentes mueve en sumo grado a la ejecución de aquellas obras saludables que están en armonía con estas enseñanzas. Hemos, pues, creído Nuestro deber hablaros de esta materia en la presente Carta Encíclica, desarrollando y exponiendo principalmente aquellos puntos que atañen a la Iglesia militante. A hacerlo así Nos mueve no solamente la sublimidad de esta doctrina, sino también las presentes circunstancias en que nos encontramos.

Nos proponemos en efecto hablar de las riquezas encerradas en el seno de la Iglesia, que Cristo ganó con su propia sangre (Act., XX, 28.) y cuyos miembros se glorían de tener una Cabeza ceñida de corona de espinas. Lo cual ciertamente es claro testimonio de que todo lo más glorioso y eximio no nace sino de los dolores, y que por tanto hemos de alegrarnos cuando participamos de la pasión de Cristo, a fin de que nos gocemos también con júbilo cuando se descubra su gloria. (Cf. 1 Petr., IV, 13.)

Ante todo hay que advertir que así como el Redentor del género humano fué vejado, calumniado y atormentado por aquellos mismos, cuya salvación había tomado a su cargo, así la sociedad por El fundada se parece también en esto a su divino Fundador. Porque, aun cuando no negamos, antes bien lo confesamos con ánimo agradecido a Dios, que, incluso en esta nuestra turbulenta época, hay no pocos que, si bien separados de la grey de Cristo, miran con todo a la Iglesia como a único puerto de salvación; sin embargo, no ignoramos que la Iglesia de Dios no sólo es despreciada y soberbia y hostilmente rechazada por aquellos que, menospreciada la luz de la sabiduría cristiana, vuelven misérrimamente a las doctrinas, costumbres e instituciones de la antigüedad pagana, sino que muchas veces es ignorada, descuidada y aun mirada con cierto tedio y hastio por muchísimos cristianos, atraídos por la falsa apariencia de los errores, o halagados por los alicientes y corruptelas del siglo. Hay, pues, motivo, Venerables Hermanos, para que Nos, por la obligación misma de Nuestra conciencia y asintiendo a los deseos de muchos, celebremos, poniéndolas ante los ojos de todos, la hermosura, alabanzas

y gloria de la Madre Iglesia, a quien después de Dios debemos todo.

Y abrigamos la esperanza de que estas Nuestras enseñanzas y exhortaciones han de producir frutos abundantes para los fieles en los momentos actuales; puesto que sabemos que tantas calamidades y dolores de esta borrascosa edad, como acerbamente atormentan a una multitud casi innumerable de hombres, si se reciben como de la mano de Dios con ánimo resignado y tranquilo, levantan con cierto natural impulso sus almas de lo terreno y deleznable a lo celestial y eternamente duradero y excitan en ellas una misteriosa sed de las cosas espirituales y un intenso anhelo que, con el estímulo del Espíritu divino, les mueve y como empuja a buscar con más ansia el Reino de Dios. Porque, a la verdad, cuanto más los hombres se apartan de las vanidades de este siglo y del desordenado amor de las cosas presentes, tanto más aptos se hacen ciertamente para penetrar la luz de los soberanos misterios. En verdad, hoy se echa de ver quizá más claramente que nunca la futilidad y vanidad de lo terreno, cuando se destruyen reinos y naciones, cuando se hunden en los vastos espacios del océano inmensos tesoros y riquezas de todas clases, cuando ciudades, pueblos y tierras fértiles quedan arrasadas bajo enormes ruinas y manchadas con sangre de hermanos.

Confiamos, además, que cuanto a continuación hemos de exponer acerca del Cuerpo místico de Jesucristo no sea desagradable ni inútil aun a aquellos que están fuera del seno de la Iglesia Católica. Y ello no sólo porque cada día parece crecer su benevolencia para con la Iglesia, sino también porque, viendo como ven al presente levantarse una nación contra otra nación y un reino contra otro reino y crecer sin medida las discordias, las envidias y las semillas de enemistad; si vuelven sus ojos a la Iglesia, si contemplan su unidad recibida del Cielo — en virtud de la cual todos los hombres de cualquiera estirpe que sean se unen con lazo fraternal a Cristo — sin duda se verán obligados a admirar una sociedad donde reina caridad semejante, y con la inspiración y ayuda de la gracia divina se verán atraídos a participar de la misma unidad y caridad.

Hay también una razón peculiar y por cierto gratísima, por la que vino a Nuestra mente la idea de esta doctrina y en grado sumo la recrea. Durante el pasado año, XXVº aniversario de Nuestra Consagración Episcopal, hemos visto con gran consuelo algo especial, que ha hecho resplandecer de un modo claro y significativo la imagen del Cuerpo místico de Cristo en todas las partes de la tierra. Hemos

observado, en efecto, que a pesar de que la larga y homicida guerra deshacía miserablemente la fraterna comunidad de las naciones, Nuestros hijos en Cristo, todos y en todas partes, con una sola voluntad y caridad levantaban sus ánimos hacia el Padre común, que recogiendo en sí las preocupaciones y ansiedades de todos, guía en tan calamitosos tiempos la nave de la Iglesia. En lo cual ciertamente echamos de ver un testimonio no sólo de la admirable unidad del pueblo cristiano, sino también de cómo mientras Nos abrazamos con corazón paterno a todos los pueblos de cualquiera estirpe, desde todas partes los católicos, aun de naciones que luchan entre sí, alzan los ojos al Vicario de Jesucristo, como a Padre amantísimo de todos, que con absoluta imparcialidad para con los bandos contrarios y con juicio insobornable, remontándose por encima de las agitados borrascas de las perturbaciones humanas, recomienda la verdad, la justicia y la caridad y las defiende con todas sus fuerzas.

Ni ha sido menor el consuelo que Nos ha producido el saber que espontánea y gustosamente se había reunido la cantidad necesaria para poder levantar en Roma un templo dedicado a Nuestro santísimo antecesor y Patrón Eugenio I. Así, pues, como con la erección de este templo, debida a la voluntad y ofertas de todos los fieles, se ha de perpetuar la memoria de este faustísimo acontecimiento, así deseamos que se patentice el testimonio de Nuestra gratitud por medio de esta Carta Encíclica, en la cual se trata de aquellas piedras vivas, que edificadas sobre la piedra viva angular, que es Cristo, se unen para formar el templo santo, mucho más excelso que todo otro templo hecho a mano, es decir, para morada de Dios por virtud del Espíritu. (Cf. *Eph.*, II, 21-22; *1 Petr.*, II, 5.)

Nuestra pastoral solicitud, sin embargo, es la que Nos mueve principalmente a tratar ahora con mayor extensión de esta excelsa doctrina. Muchas cosas, a la verdad, se han publicado sobre este asunto; y no ignoramos que son muchos los que hoy se dedican con mayor interés a estos estudios, con los que también se deleita y alimenta la piedad de los cristianos. Y este efecto parece que se ha de atribuir principalmente a que la restauración de los estudios litúrgicos, la costumbre introducida de recibir con mayor frecuencia el manjar Eucarístico, y por fin el culto más intenso al Sacratísimo Corazón de Jesús, de que hoy nos gozamos, han encaminado muchas almas a la contemplación más profunda de las inescrutables riquezas de Cristo que se guardan en la Iglesia. Añádese a esto que, los documentos publicados en estos últimos tiempos acerca de la Acción Católica por lo mismo que han estrechado más y más los lazos de los cristianos entre sí y con la jerarquía eclesiástica, y en primer lugar con el Romano Pontífice, han contribuído sin duda no poco a colocar esta materia en su propia luz. Mas

aunque con justo motivo podemos alegrarnos de las cosas que arriba hemos apuntado, no por eso hemos de ocultar, que no sólo esparcen graves errores en esta materia los que están fuera de la Iglesia, sino que entre los mismos fieles de Cristo se introducen furtivamente ideas o menos precisas o totalmente falsas, que apartan las almas del verdadero camino de la verdad.

Porque mientras por una parte perdura el ficticio *racionalismo*, que juzga absolutamente absurdo cuanto trasciende y sobrepuja las fuerzas del entendimiento humano, y mientras se le asocia otro error afín, el llamado *naturalismo vulgar*, que ni ve ni quiere ver en la Iglesia nada más que vínculos meramente jurídicos y sociales; por otra parte se insinúa fraudulentamente un *falso misticismo*, que, esforzándose por suprimir los límites inmutables que separan a las criaturas de su Criador, adultera las Sagradas Escrituras.

Ahora bien, estos errores, falsos y opuestos entre sí, hacen que algunos, movidos de cierto vano temor, consideren esta profunda doctrina como algo peligroso y con esto se retraigan de ella como del fruto del Paraíso, hermoso, pero prohibido. Pero a la verdad no rectamente: pues no pueden ser dañosos a los hombres los misterios revelados por Dios, ni deben, como tesoro escondido en el campo, permanecer infructuosos; antes bien han sido dados por Dios, para que contribuyan al aprovechamiento espiritual de quienes piadosamente los contemplan. Porque, como enseña el Concilio Vaticano «la razón ilustrada por la fe, cuando diligente, pía y sobriamente busca, alcanza con la ayuda de Dios alguna inteligencia, ciertamente fructuosísima, de los misterios, ya por la analogía de aquellas cosas que no conoce naturalmente, ya también por el enlace de los misterios entre sí y con el último fin del hombre»; por más que la misma razón, como lo advierte el mismo santo Concilio, «nunca llega a ser capaz de penetrarlos a la manera de aquellas verdades, que constituyen su propio objeto». (*Sessio III: Const. de fide cath.*, c. 4.)

Pesadas maduramente delante de Dios todas estas cosas; a fin de que resplandezca con nueva gloria la soberana hermosura de la Iglesia; para que se dé a conocer con mayor luz la nobleza eximia y sobrenatural de los fieles que en el Cuerpo de Cristo se unen con su Cabeza; y, por último, se cierre por completo la entrada a los múltiples errores en esta materia, Nos hemos juzgado ser propio de Nuestro cargo pastoral proponer por medio de esta Carta Encíclica a toda la grey cristiana la doctrina del Cuerpo místico de Jesucristo y de la unión de los fieles en el mismo Cuerpo con el divino Redentor, y al mismo tiempo sacar de esta suavísima doctrina algunas enseñanzas, con las cuales el conocimiento más profundo de este misterio produzca siempre más abundantes frutos de perfección y santidad.

LA ENCICLICA SALE AL PASO DE CONFUSAS DOCTRINAS

LA IGLESIA «CUERPO»

Como el Verbo quiso para redimir al mundo tomar la naturaleza humana, así, para distribuir el don y la gracia del Espíritu Santo, quiso valerse de una Iglesia visible. Por esta doctrina que se expone como prólogo al desarrollo de la Encíclica se sienta el principio que viene a justificar la identidad afirmada entre el Cuerpo místico de Cristo y la Iglesia católica romana; la Iglesia es el Cuerpo cuya alma es el Espíritu Santo, «del que no son partícipes quienes no andan con la Iglesia, porque donde está la Iglesia allí está el Espíritu de Dios» (S. Ireneo).

Esta identidad, que recuerda la «*Humani generis*», se

expresa en la «*Mystici corporis*» diciendo, incluso, que *definimos* la Iglesia católica romana, al afirmar que ella es el Cuerpo místico de Cristo. Puesto que toda definición es convertible, se comprende que se inicie el documento diciendo con San Pablo «El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia».

Esta importantísima declaración es de la mayor trascendencia y actualidad y vino a precisar los más fundamentales conceptos. En una obra escrita poco antes de la aparición de la Encíclica se decía, por ejemplo:

«Creemos que se forzaría el sentido del texto de San

Pablo: «*Ecclesia quæ est corpus eius*» si se pretendiese encontrar allí la afirmación de la identidad entre estas expresiones Iglesia y Cuerpo Místico». El término Cuerpo místico designa en el lenguaje ordinario de la Iglesia el conjunto de los que viven la vida de Cristo, mientras que Iglesia significa la sociedad de los fieles bautizados bajo los pastores legítimos.

«De hecho el conjunto de almas que viven efectivamente la vida de Cristo es una cosa y la Iglesia visible otra, y no es inútil para objetos de tanta importancia y en materia tan delicada tener dos palabras diferentes para designar dos realidades diferentes de hecho, por muy unidas que estén de derecho.»

«Si se las refunde una en otra, a la fuerza se renuncia a toda una herencia tradicional... y la aparente simplificación que resulta de ello no sería sino un empobrecimiento...»

Al meditar esta doctrina, Nos vienen desde luego a la mente las palabras del Apóstol: «Donde abundó el delito, allí sobreabundó la gracia». (*Rom.*, V, 20.) Consta, en efecto, que el padre del género humano fué colocado por Dios en tan excelsa condición, que habría de comunicar a sus descendientes, junto con la vida terrena, la vida sobrenatural de la gracia. Pero después de la miserable caída de Adán, todo el género humano, viciado con la mancha original, perdió la participación de la naturaleza divina (*Cf. II. Petr.*, I, 4.) y quedamos todos convertidos en hijos de ira. (*Eph.*, II, 3.) Mas el misericordiosísimo Dios «de tal modo... amó al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito», (*IOANN.*, III, 16), y el Verbo del Padre Eterno con aquel mismo único divino amor asumió de la descendencia de Adán la naturaleza humana, pero inocente y exenta de toda mancha, para que del nuevo y celestial Adán se derivase la gracia del Espíritu Santo a todos los hijos del primer padre; los cuales, habiendo sido por el pecado del primer hombre privados de la adoptiva filiación divina, hechos ya por el Verbo Encarnado hermanos, según la carne, del Hijo Unigénito de Dios, recibieran el poder de llegar a ser hijos

«Además la noción de Cuerpo místico tiene la ventaja, inmensa en muchos casos, de que se ha cargado poco de conceptos *latinos* o *jurídicos* y ha conservado así aproximadamente el mismo sentido para muchos de nuestros hermanos separados y para nosotros. Al conservarla con su sentido particular se guarda la posibilidad de conversaciones, cambio de puntos de vista, y ¿quién sabe?, fórmulas de unión. No debe ser sin motivo que la Providencia la ha preservado y que en nuestros días la sitúa en el primer plano.»

Las precisiones dadas en la *Mystici corporis* acerca de este punto constituyen una luminosa aclaración de estas confusas ideas, y si cortan la posibilidad de establecer con los acatólicos un diálogo que se basase en la creencia de que poseemos una idea del Cuerpo Místico igual a la suya, por lo mismo sirven para presentar a la vista de ellos y de los fieles católicos la verdadera naturaleza de «este Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia».

de Dios. (*Cf. IOANN.*, I, 12.) Y por esto Cristo Jesús pendiente de la cruz no sólo resarcíó a la justicia violada del Eterno Padre, sino que nos mereció además como a consanguíneos suyos una abundancia inefable de gracias. Y bien pudiera en verdad haberla repartido directamente por sí mismo al género humano, pero quiso hacerlo por medio de una Iglesia visible en que se reunieran los hombres, para que por medio de ella todos se prestasen una cierta cooperación mutua en la distribución de los divinos frutos de la Redención. Porque así como el Verbo de Dios, para redimir a los hombres con sus dolores y tormentos, quiso valerse de nuestra naturaleza, de modo parecido en el decurso de los siglos se vale de su Iglesia para perpetuar la obra comenzada. (*Cf. Conc. Vat.*, *Const. de Eccl.*, *prol.*)

Ahora bien, para definir y describir esta verdadera Iglesia de Cristo — que es la Iglesia santa, católica, apostólica, Romana (*Cf. ibidem*, *Const. de fid. cath.*, *cap. I*) — nada hay más noble, nada más excelente, nada más divino que aquella frase con que se la llama «el Cuerpo místico de Cristo»; expresión que dimana y como brota de lo que en las Sagradas Escrituras y en los escritos de los Santos Padres frecuentemente se enseña.

UNO, INDIVISO, VISIBLE

La Iglesia es un cuerpo, es decir, una realidad concreta y claramente visible, no un ser puramente «pneumático» o «espiritual», como pretenden quienes suponen que las

«diversas confesiones cristianas» viven igualmente de la vida de Cristo. He aquí lo que enseña Pío XII.

Que la Iglesia es un cuerpo lo dice muchas veces el sagrado texto. «Cristo, dice el apóstol, es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia». (*Col.*, I, 18.) Ahora bien, si la Iglesia es un cuerpo, necesariamente ha de ser una sola cosa indivisa, según aquello de San Pablo: «Muchos formamos en Cristo un solo cuerpo». (*Rom.*, XII, 5.) Ni solamente debe ser uno e indiviso, sino también algo concreto y claramente visible, como afirma Nuestro Predecesor León XIII

de feliz memoria en su Carta Encíclica *Satis cognitum* «Por lo mismo que es cuerpo, la Iglesia se ve con los ojos». (*Cf. A. S. S.*, XXVIII, p. 710.) Por la cual se apartan de la verdad divina aquellos que se forjan la Iglesia de tal manera, que no pueda ni tocarse ni verse, siendo solamente un ser «pneumático», como dicen, en el que muchas comunidades de cristianos, aunque separadas mutuamente en la fe, se juntan sin embargo por un lazo invisible.

UN SOLO CUERPO, UN SOLO ESPIRITU, UNA SOLA FE

COMPUESTO DE DETERMINADOS MIEMBROS

He aquí la doctrina expresada en este pasaje, contraria a muchas ideas confusas bastante extendidas entre los católicos: el hereje (separado por no profesar íntegramente la verdadera fe) y el cismático (separado por no estar unido al verdadero gobierno de la Iglesia) y el excomulgado, no pertenecen al Cuerpo de Cristo, y no pue-

den vivir de la vida del Espíritu. Los pecadores, aun cuando hayan perdido la caridad y la gracia divina, si no han pecado contra la fe, como el hereje, cismático o apóstata, no están separados del cuerpo. Si consideramos atentamente esta doctrina comprenderemos el valor fundamental que para la vida cristiana tiene la verdadera fe, funda-

mento y raíz de la misma caridad sobrenatural, que sin ella no puede darse. Es, pues, completamente errónea la actitud actual de muchos cristianos de minimizar la importancia de la profesión de una fe incorrupta e incontaminada.

He aquí cómo expresan esta tradicional e incorruptible doctrina San Agustín y San Gregorio:

«El Espíritu es el que vivifica: es el Espíritu quien hace vivientes los miembros. Y no hace vivir sino a los miembros que encuentra en el cuerpo.

»¿Acaso el espíritu que hay en ti, hombre, por el cual eres hombre, vivifica al miembro que halla separado de tu carne? Llamo espíritu tuyo a tu alma: tu alma no vivifica sino los miembros que están en tu carne; si arrancas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque no se une a la unidad de tu cuerpo.

»Esto decimos para que amemos la unidad y temamos la separación. Porque nada debe temer tanto el cristiano como ser separado del cuerpo de Cristo. Si

es separado del cuerpo de Cristo, no es miembro suyo; si no es miembro suyo, no vive de su Espíritu...»

San Agustín (In Ioh. Tract., 27, c. 6, 6)

«Como hay un alma sola que vivifica los diversos miembros, así un mismo Espíritu Santo vivifica e ilumina a toda la Iglesia. Así como Cristo, que es la Cabeza de la Iglesia, fué concebido del Espíritu Santo, así la Santa Iglesia, que es su Cuerpo, está llena de este mismo Espíritu Santo y por Él vive; es confirmada por su virtud para que permanezca en la unidad de una misma fe y caridad...

»Este es el Cuerpo, fuera del cual no vivifica el Espíritu. Por lo cual dice San Agustín: «Si quieres vivir del Espíritu de Cristo, permanece en el Cuerpo de Cristo.» De este Espíritu no vive el hereje, no vive el cismático, no vive el excomulgado; porque éstos no pertenecen al cuerpo. La Iglesia tiene el Espíritu vivificante, porque está unida inseparablemente con Cristo, su Cabeza.»

San Gregorio (In sept. Psalm. poen. expos.)

Pero entre los miembros de la Iglesia sólo se han de contar de hecho los que recibieron las aguas regeneradoras del Bautismo y profesan la verdadera fe, y ni se han separado miserablemente ellos mismos de la contextura del Cuerpo, ni han sido apartados de él por la legítima autoridad a causa de gravísimas culpas. «Porque todos nosotros, dice el Apóstol, somos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo Cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres» (I Cor., XII, 13). Así que, como en la verdadera congregación de los fieles existe un solo Cuerpo, un solo Espíritu, un solo Señor y un solo Bautismo, así no puede haber más que una sola fe (Cf. Eph., IV, 5); y por tanto, quien rehusare oír a la Iglesia, según el mandato del Señor, ha de ser tenido por gentil y publicano (Cf. Matth., XVIII, 17). Por lo cual, los que están separados entre sí por la fe o por el gobierno, no pueden vivir en este único Cuerpo y de este su único Espíritu.

Ni hay que pensar que el Cuerpo de la Iglesia, por el hecho de honrarse con el nombre de Cristo, aun en el tiempo de esta peregrinación terrena, consta únicamente de miembros eminentes en santidad, o se forma solamente de la agrupación de los que han sido predestinados a la felicidad eterna. Porque la infinita misericordia de nuestro Redentor no niega ahora un lugar en su Cuerpo místico a quienes en otro tiempo no negó la participación en el con-

vite (Matth., IX, 11; Marc., II, 16; Luc., XV, 2.) Puesto que no todos los pecados, aunque graves, separan por su misma naturaleza al hombre del Cuerpo de la Iglesia, como lo hacen el cisma, la herejía o la apostasía. Ni la vida se aleja completamente de aquellos que, aun cuando hayan perdido la caridad y la gracia divina pecando, y por lo tanto se hayan hecho incapaces de mérito sobrenatural, retienen con todo la fe y esperanza cristianas, e iluminados por una luz celestial, son movidos por las internas inspiraciones e impulsos del Espíritu Santo a saludable temor, y excitados por Dios a orar y a arrepentirse de su caída.

Aborrezcan todos, pues, el pecado, con el cual se manchan los miembros del Redentor; pero, quien miserablemente hubiere pecado, y no se hubiere hecho indigno por la contumacia de la comunión de los fieles, sea recibido con sumo amor, y véase en él con activa caridad un miembro enfermo de Jesucristo. Pues vale más, como advierte el Obispo de Hipona, «que se sanen permaneciendo en el cuerpo de la Iglesia, que no sean cortados de él como miembros incurables» (August., Epist., CLVII, 3, 22; Migne, P. L. XXXIII, 686.) «Porque no es desesperada la curación de lo que aún está unido al cuerpo; mientras que lo que hubiere sido amputado no puede ser ni curado ni sanado (August. Serm., CXXXVII, 1; Migne, P. L., 754.)

CRISTO GOBIERNA SU IGLESIA

DE MODO VISIBLE Y ORDINARIO POR MEDIO DEL ROMANO PONTIFICE

Ni se ha de creer que su gobierno se ejerce solamente de modo invisible (cf. Leo XIII, Satis cognitum: A. S. S., XXVIII, 725) y extraordinario, siendo así que también de una manera patente y ordinaria gobierna el Divino Redentor, por su Vicario en la tierra, a su Cuerpo místico. Porque ya sabéis, Venerables Hermanos, que Cristo Nuestro Señor, después de haber gobernado por sí mismo durante sumortal peregrinación a su «pequeña grey» (Luc., XII, 32), cuando estaba para dejar este mundo y volver a su Padre, encomendó el régimen visible de la sociedad por Él fundada al Príncipe de los Apóstoles. Ya que, sapientísimo como era, de ninguna manera podía dejar sin una cabeza visible el cuerpo social de la Iglesia que había fundado. Ni para debilitar esta afirmación puede alegarse que por el Primado de jurisdicción establecido en la Iglesia, este Cuerpo místico tiene dos cabezas. Porque Pedro, en fuerza del primado, no es sino vicario de Cristo, por donde no existe más que una Cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo;

el cual, sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que, después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en Él, sino también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna además visiblemente por aquel que en la tierra representa su persona. Que Cristo y su Vicario constituyen una sola Cabeza, lo enseñó solemnemente nuestro Predecesor Bonifacio VIII de inmortal memoria por las Letras Apostólicas *Unam Sanctam* (Cf. Corp. Iur. Canc., Extr. comm., I, 8, 1) y nunca desistieron de inculcar lo mismo sus sucesores.

Hállanse, pues, en un peligroso error aquellos que piensan poder abrazar a Cristo Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra. Porque quitando esta Cabeza visible, y rompiendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman el Cuerpo místico del Redentor de tal manera que los que andan en busca del puerto de salvación no puedan verlo ni encontrarlo.

UN VERDADERO REINO

LA IGLESIA JURIDICA Y LA IGLESIA DE CARIDAD

La antinomia propia de la mentalidad moderna entre las nociones de respeto y acatamiento por una parte y las de amor o comunión interpersonal por otra, que ha llevado a presentar como antitéticas la relación jurídica y la misma idea de sociedad regida por el derecho, con el carácter y dignidad espirituales de la persona, ha llevado la confusión a la doctrina acerca de la Iglesia. En este pasaje

De cuanto venimos escribiendo y explicando, Venerables Hermanos, se deduce palmariamente el grave error de los que arbitrariamente se forjan una Iglesia escondida e invisible, así como el de los que la tienen por una creación humana, dotada de una cierta regla de disciplina y de ritos externos pero sin la comunicación de una vida sobrenatural (*León XIII, Enc. Satis Cognitum: A. S. S. XXVIII, p. 710.*) Por el contrario, a la manera que Cristo, Cabeza y dechado de la Iglesia, «no es comprendido íntegramente si en El se considera sólo la naturaleza humana visible... o sola la divina e invisible naturaleza... sino que es uno sólo de ambas y en ambas naturalezas...; así también acontece en su Cuerpo místico», (*Cf. Ibidem, p. 710*), toda vez que el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana pasible para que el hombre, una vez fundada una sociedad visible y consagrada con sangre divina, «fuera llevado por un gobierno visible a las cosas invisibles» (*S. Thomas. De veritate, q. 29, a. 4 ad 9*).

Por lo cual lamentamos y reprobamos asimismo el funesto error de los que se antojan una Iglesia ilusoria a manera de sociedad alimentada y formada por la caridad a la que — no sin desdén — oponen otra que llaman jurídica. Pero se engañan al introducir semejante distinción: pues no entienden que el divino Redentor por este mismo motivo quiso

vigoroso y sugestivo, que invita al estudio de temas importantes de *metafísica social*, se propone la verdadera doctrina. No hay contradicción entre la autoridad de la Iglesia recibida de Cristo y la misión invisible del Espíritu Santo en el alma de los cristianos. La Iglesia católica, cuerpo animado por el Espíritu de Amor, es también un verdadero reino.

que la comunidad por El fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales para perpetuar en este mundo la obra divina de la redención (*Conc. Vat., Sess. IV, Const. dogm. de Eccl. prol.*); y para la obtención de este mismo fin procuró que estuviera enriquecida con los dones y gracias del Espíritu Paráclito. El Eterno Padre la quiso ciertamente «reino del Hijo de su amor» (*Col., I, 13*); pero un verdadero reino, en el que sus fieles rindiesen pleno homenaje de su entendimiento y voluntad, (*Conc. Vat., Sess. III, Const. de fide cath., cap. 3*) y con ánimo humilde y obediente se asemejasen a Aquel que por nosotros «se hizo obediente hasta la muerte» (*Phuipp., II, 8*). No puede haber por consiguiente verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico de los Pastores y Doctores recibido de Cristo; ya que — como en nosotros el cuerpo y el alma — se completan y perfeccionan mutuamente y proceden del mismo Salvador nuestro, quien no sólo dijo al infundir el soplo divino: «Recibid el Espíritu Santo» (*Ioann., XX, 22*), sino también imperó con expresión clara: «Como me envió el Padre, así os envío Yo» (*Ioann., XX, 21*); y asimismo: «El que a vosotros oye a Mí me oye» (*Luc., X, 16*).

LA EUCARISTIA SIGNO DE UNIDAD

Lo que llevamos expuesto de esta estrechísima unión del Cuerpo místico de Jesucristo con su Cabeza, Nos parecería incompleto si no añadiéramos aquí algo cuando menos acerca de la Santísima Eucaristía, que lleva esta unión como a su cumbre en esta vida mortal.

Quiso Cristo nuestro Señor que esta admirable y nunca bastante alabada unión, con la que nos juntamos entre nosotros y con nuestra divina Cabeza, se manifestara a los fieles de un modo singular por medio del Sacrificio Eucarístico. Porque en él los ministros sagrados hacen las veces no sólo de nuestro Salvador, sino también del Cuerpo místico y de cada uno de los fieles; y en él también los mismos fieles, reunidos en comunes votos y oraciones ofrecen al Eterno Padre por las manos del sacerdote el Cordero sin mancha, hecho presente en el altar a la sola vez del mismo sacerdote, como hostia agradabilísima de alabanza y propiciación por las necesidades de toda la Iglesia. Y así como el divino Redentor, al morir en la Cruz se ofreció a sí mismo al Eterno Padre como Cabeza de todo el género humano, así también «en esta obloción pura» (*Mal., I, 11*) no solamente se ofrece al Padre Celestial como Cabeza de la Igle-

sia, sino que ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a todos ellos, aun a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón.

El sacramento de la Eucaristía además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia — puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan para formar una sola cosa — nos da al mismo autor de la gracia sobrenatural, para que tomemos de él aquel Espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida sino la de Cristo y amar al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social.

Si, pues, en las tristísimas circunstancias que hoy nos acongojan son muy numerosos los que tienen tal devoción a Cristo nuestro Señor, oculto bajo los velos eucarísticos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada los pueden separar de su caridad, (*Cf. Rom., VIII, 35*) ciertamente en este caso, la sagrada Comunión, que no sin un designio de la divina Providencia ha vuelto a recibirse en estos últimos tiempos con mayor frecuencia desde la niñez, llegará a ser fuente de aquella fortaleza que suscitará y forjará no rara vez verdaderos héroes cristianos.



Para definir y describir esta verdadera Iglesia de Cristo—que es la Iglesia santa, católica, apostólica, romana—nada hay más noble, nada más excelente, nada más divino que aquella frase con que se la llama «el Cuerpo místico de Cristo»; expresión que dimana como brota de lo que en las Sagradas Escrituras y en los escritos de los Santos Padres frecuentemente se enseña. * Pedro, en virtud del primado, no es sino vicario de Cristo, por donde no existe más que una cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo, el cual, sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que, después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en El, sino también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna además visiblemente por aquel que en la tierra representa su persona.

ORACIONES POR LOS QUE TODAVIA NO SON MIEMBROS

También a aquellos que no pertenecen al organismo visible de la Iglesia Católica, ya desde el comienzo de Nuestro Pontificado como bien sabéis, Venerables Hermanos, Nos los hemos confiado a la celestial tutela y providencia, solemnemente afirmando, a ejemplo del Buen Pastor, que nada llevamos más en el corazón que el que tengan vida y la tengan en más abundancia (Cf. *Litt. enc. Summi Pontificatus*, A. A. S., 1939, p. 419). Esta Nuestra solemne afirmación deseamos repetirla por medio de la presente Carta Encíclica, en la cual hemos cantado las alabanzas «del grande y glorioso Cuerpo de Cristo», implorando las oraciones de toda la Iglesia para invitar de los más íntimo del corazón a todos y a cada uno de ellos a que rindiéndose libre y espontáneamente a los internos impulsos de la gracia divina, se esfuercen por salir de ese estado, en el que no pueden estar seguros de su propia salvación eterna (Cf. *Pius IX, lam vos omnes, 13 septiembre 1868: Act. Conc. Vat., C. L., VII, 10*); pues, aunque por cierto inconsciente deseo y voto están ordenados al Cuerpo místico del Redentor, carecen sin embargo de tantos y tan grandes dones y socorros celestiales, como sólo en la Iglesia Católica es posible gozar. Entren, pues, en la unidad católica y, unidos todos con Nos en el único organismo del Cuerpo de Jesucristo, converjan en una sola Cabeza en comunión de amor gloriosísimo (Cf. *Gelas. I, Epist. XIV: Migne P. L., LIX, 89*). Sin interrumpir jamás las plegarias al Espíritu de amor y de verdad, Nos los esperamos con los brazos elevados y abiertos como a los que vienen no a casa ajena sino a la propia casa paterna.

Pero si deseamos que la incesante plegaria común de todo este Cuerpo místico se eleve a Dios, para que todos los descarriados entren cuanto antes en el único redil de Jesucristo, declaramos con todo lo que es absolutamente necesario que esto se haga libre y espontáneamente, ya que nadie cree sino queriendo. Por esta razón si algunos, sin fe, son de hecho obligados a entrar en el edificio de la Iglesia y acercarse al altar y recibir los Sacramentos éstos sin duda no por eso se convierten en verdaderos fieles de Cristo; porque la fe sin la cual «es imposible agradar a Dios» (*Hebr., XI, 6*), debe ser un libérrimo «homenaje del entendimiento y de la voluntad» (*Conc. Vat., Const. de fide cath., cap. 3*). Si alguna vez, pues, aconteciere que, contra la constante doctrina de esta Sede Apostólica, (Cf. *Leo XIII, Immortale Dei; Cod. Iur. Canc., c. 1351*) alguien es llevado contra su voluntad a abrazar la fe católica, Nos consciente de nuestro oficio, no podemos menos de reprobalo. Pero, puesto que los hombres gozan de una voluntad libre y pueden también, impulsados por las perturbaciones del alma y por las depravadas pasiones, abusar de su libertad, por eso es necesario que sean eficazmente atraídos por el Padre de las luces a la verdad, mediante el Espíritu de su amado Hijo. Y si muchos por desgracia, viven aún alejados de la verdad católica y no se someten gustosos al impulso de la gracia divina, se debe a qué ni ellos ni los fieles dirigen a Dios oraciones fervorosas por esta intención. Nos por consiguiente exhortamos una y otra vez a todos a que, inflamados en amor a la Iglesia, a ejemplo del divino Redentor, eleven continuamente estas plegarias.

RECOMENDACION DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

CUMPLIENDO LO QUE FALTA A LA PASION DE CRISTO

«A la más perfecta realización de este designio (de unir las oraciones y sacrificios del cristiano a los de Cristo «cumpliendo en nuestra carne lo que falta a sus padecimientos, en pro de su Cuerpo, que es la Iglesia»), contribuye en gran manera —dice en este lugar Pío XII— la cotidiana oblación de sí mismos a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada Apostolado de la Oración; asociación que como gratísima a Dios deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento.»

Merece ser subrayada esta magnífica recomendación del Apostolado de la Oración como medio eficazísimo para vivir prácticamente la vida del Cuerpo Místico de Cristo. El lector podrá ver en nuestro último número cómo, en efecto, su segundo fundador, el P. Enrique Ramière, S. I., hizo de esta doctrina, en la que veía la síntesis de toda la religión cristiana y el sentido verdadero de la devoción al Corazón de Jesús, «la idea madre del Apostolado». Como subrayábamos en el mismo número, el P. Enrique Ramière debe ser considerado como uno de los que más eficazmente han contribuido a la difusión y popularidad de estas ideas; por esto, comentando la afirmación del Papa de que entre las corrientes que han contribuido a esta difusión debe contarse «el culto más intenso al Corazón de Jesús», cita

el P. Tromp, en su edición anotada de la «*Mystici Corporis*», las obras del P. Ramière, algunos de cuyos fragmentos publicamos en el número anterior.





Eso que llaman Europa... (*)

Ningún año como el 1950, y lo que va de 1951, había reflejado hasta ahora con tanta intensidad el llamado problema de Europa. Libros, conferencias, revistas..., todos de alguna manera han atacado el asunto. La revista *HUMANITAS* lanzó una encuesta a todos los vientos, y en octubre último dió cuenta de las respuestas recibidas de todo el mundo. A nueve ascienden actualmente los Centros culturales que en Europa estudian el problema y su solución.

La coincidencia es notable en algunos puntos capitales: «En la unidad de Europa fué fuerza de primera categoría el Cristianismo.» «El cenit de Europa debe colocarse hacia el final del siglo XIII.» «La descomposición de Europa empieza, para unos, en el siglo XV, para otros, en el XVIII.» «Hay dos clases de fermentos nocivos: internos —racionalismo, nacionalismo...— y externos —bolchevismo comunista, materialismo americano—.» «La solución está en una revalorización de lo espiritual y una unidad efectiva de todos los pueblos europeos con la superación de los nacionalismos.»

Dicho así, a grandes rasgos, tal vez todos firmaríamos estas conclusiones. Pero si se considera un poco lo que en ellas se quiere decir, asusta el enfoque tremendo del problema y el absurdo remedio que se propone al final. Se rehuye —aun en muchos medios católicos— todo enfoque sobrenatural. La precisión de razón que hacemos en Filosofía, mediante la cual nos limitamos al orden natural, se proyecta como algo real y existente al estudio del Hombre, sin advertir que éste *jamás* ha existido en tal estado y que en realidad está en naturaleza caída y llamado al orden sobrenatural. Y este orden no puede concebirse como un apéndice psíquico del hombre, sino algo que lo informe, elevándolo a un orden superior, pues «no puede dudar-

se de que la religión y la vida forman un todo indisoluble» (1).

«Eso ha sido y es Europa: La comunidad de los países herederos de la antigua civilización grecorromana, de los pueblos germánicos y del Cristianismo» (2). Pero, ¿cómo conciben tales culturalistas esos elementos? Como una mera suma de tipo mecanicista a la que ha dado cierta unidad el tiempo. Así Christofer Dawson, en «Los orígenes de Europa» (3).

Nosotros creemos radicalmente equivocada la posición. A quien nos definió el hombre como un conglomerado de elementos inorgánicos y de un alma no esencialmente diversa de ellos, le tendríamos, cuando menos, por un hereje filosófico. Si admitiera una concepción cartesiana, ya le consideraríamos un poco más, pero le contestaríamos que no nos explica gran cosa del hombre. Solamente una teoría que se base más o menos en la analogía de la filosofía cristiana es convincente. Y ésta es la que nosotros proponemos para explicar a Europa.

Ciertamente que Europa no es una unidad tan radical como el hombre, pero, por otra parte, es plenamente cierta la identificación de lo sobrenatural y lo natural, exigida en un individuo que haya recibido la revelación. Y no perdamos de vista que Europa es un conjunto de hombres existenciales y fundamentalmente, por lo menos, cristianos, no de hombres abstractos.

No negamos los elementos grecorromanos, germánicos, incluso árabes, que ciertamente hay en Europa y que constituyen en ella —podríamos decir— su materia individuante. Pero estos elementos sin Cristianismo, ni estaban unificados, ni, mucho menos, elevados a otro orden. Para aglutinarlos e informar el todo dándole unidad, fué preciso un principio que dirigiera la selección y asimilación y diera nuevo ser al conjunto: y este principio se llama Cristianismo. O mejor, seamos,

sinceros, Iglesia Católica. Lo demás será cualquier cosa, pero tendrá relativamente poco que ver con el verdadero y único Cristianismo (4).

«La unidad efectiva del Occidente fué forjada por la Iglesia católica» (5); más aún, aplicando lo que Mella dice de España (6), podemos afirmar no sólo esto, sino que el Catolicismo fué la razón única de esta unidad (7). Que la Iglesia católica es algo más que un mero canal de cultura humanística —cuando, precisamente, es lo más opuesto al humanismo antropocéntrico— o que es una nueva forma de cultura —como podría parecer que equivocadamente insinúa Dawson en la obra antes citada— no precisa demostración.

Fijado este principio: Europa igual a Grecia más Roma, más germanismo, más otros elementos, y todo multiplicado por Cristianismo, que asimila, dirige e informa, podemos enjuiciar ya las otras afirmaciones. Pero véase la fuerza de la definición: en esta concepción entra una causa formal: Cristianismo; una causa material: los elementos individuantes de que hemos hablado antes y que fueron amorosamente preparados por la Providencia para recibir y servir de vehículo al Cristianismo; una finalidad: la elevación de las conquistas culturales hacia Dios y el comunicar a los demás pueblos la maravillosa síntesis de su Teología, su Filosofía, su cultura toda en lo que tiene de universal y eterno. Advirtamos aquí que, mientras Europa conservó su causa formal, cumplió con su misión; cuando perdió aquella, al mismo tiempo que consecuentemente se disgregaba, dejó de ser fiel a su finalidad, sino en aquellas contadas células vivas de que luego hablaremos.

Admitimos plenamente el cenit de la europeidad en el siglo XIII. San Francisco, Santo Domingo, Santo Tomás, Giotto, Dante —aunque escribe la *Divina Comedia* en el Trecento, pertenece a la última generación de este período— y el concilio de Florencia, que une —aunque precariamente, pero entrañando una actitud y un anhelo— a las Iglesias griega y romana. Este fué el auténtico Renacimiento cristiano, no el Quattrocento (8). Pero volvamos a insistir: su unidad religiosa, cultural y, en cierta manera, política —por lo menos ideal— estriba en el Catolicismo, que alcanza entonces su máximo benéfico influjo sobre la sociedad. La Historia ha rozado por vez única hasta ahora el ideal (9).

(4) «La crisis de nuestra civilización», Hilaire Belloc III edición, pág. 49.

(5) Betrand Russell: «Unidad de la Cultura Occidental» 1949.

(6) Mella. Obras Completas I. pág. 78 y 89.

(7) Menéndez y Pelayo: «Los Heterodoxos Españoles», epít. go.

(8) Nicolás Berdiaeff, «Una nueva Edad Media», pág. 16. Ed. Apolo.

(9) León XIII, «Inmortale Dei», n.º 28, Col. de Enc.

(*) Nos honramos con reproducir de *Borgianum*, del Filósofo del Col. Max de San Francisco de Borja, revista que por su limitada difusión difícilmente llegaría a mano de nuestros lectores, el interesante artículo del P. Arturo Juncosa S. J. del que creemos poder afirmar que ha sido escrito pensando especialmente en nuestros temas y en nuestra revista.

(1) Pío XII, en la canonización de San Nicolás de Flüe.

(2) *Razón y Fe*, enero 1951, p. 6.

(3) Op. cit. pág. 10. Hay que advertir que dicho escritor modifica bastante su opinión en un sentido que creemos más acertado, en «Religion and rise of Western Culture».

EL BIELDO Y LA CRIBA

Hemos visto que no había un acuerdo para fijar el comienzo de la descomposición. Todo dependía del criterio tomado para definir Europa. Establecido el nuestro, podemos fijarlo ya. Prescindiendo del declive que se inicia en la segunda mitad del siglo xiv con el ockhamismo, como fecha más probable podemos señalar el siglo xv, con el triunfo del humanismo. No es que entonces se empiece a estudiar la cultura clásica; se ha demostrado que tanto como el Renacimiento —mal llamado, por tanto, Renacimiento— la había estudiado el Medievo (10). Pero el Medievo la había estudiado con una visión sobrenatural; ahora una revolución copernicana centra el mundo en el hombre natural, primero sentándole en el mismo trono que a Dios, luego olvidando a Este, y finalmente echándole de su trono.

Arrancada su alma a la cultura, la Reforma —no sabemos por qué se llamará Reforma a una burda herejía y se reserva el nombre de Contrarreforma a la auténtica Reforma católica— rompe la unidad religiosa de Europa e imposibilita la unidad política.

Un hombre a lo divino, Ignacio de Loyola, que desconfiaba del humanismo de Erasmo de Rotterdam, impulsa la reacción, y contribuye de una manera esencial a la última gran cultura auténticamente europea: el Barroco. Lo que viene después son formas vacías de contenido: una unidad cultural precaria y puramente fenoménica.

Pero en 1648, con el hundimiento de los Habsburgo y de España, la obra de un cardenal de tristes recuerdos —Richelieu (11)— cimenta la paz de Westfalia, en la que Europa deja de existir. Tras dos siglos de agonía, ha lanzado de sí su alma. En adelante, no se tendrá que preguntar ya si Europa va a morir; se tendrá que preguntar si todavía los cuervos respetarán el gran cadáver de Europa.

Nos parece ingenuo poner como causas destructoras de Europa los fermentos antes citados, tanto internos como externos.

Nacionalismo, racionalismo, materialismo..., son consecuencias únicamente de la pérdida del espíritu cristiano en la valoración de las cosas. Para cualquiera que sepa qué son tales errores y qué es el Catolicismo —universalidad, sobrenaturalidad, espiritualidad, *caridad*—, es obvio que la pérdida de éste es la causa necesaria de aquéllos.

Los enemigos externos... ¿Por qué los llamamos «externos»? ¿No son acaso producto neto de la Europa paganizada? Rousseau, Hegel, Feuerbach, Engels..., nombres todos bien euro-

(10) Raimundo Paniker: «El Cristianismo no es un humanismo», Arbor, febrero 1951, pág. 178.

(11) Véase «Richelieu», de H. Belloc.

peos. Y aun Marx, a pesar de su semi-tismo.

Por otra parte, ninguna invasión extranjera constituiría un peligro si Europa viviera. O la rechazaría como rechazó a turcos y mogoles, o la asimilaría como asimiló —después de haber nacido por la conjunción de lo grecolatino con lo germánico y por obra del Cristianismo— a normandos, eslavos y árabes (a estos últimos sólo culturalmente; como pueblo también los rechazó, y precisamente por no haber aceptado el Catolicismo). Si Europa no vive, poco importa el cómo y el cuándo la Europa fenoménica y aparente se acabará de corromper.

Para salvar a Europa, ¿qué espiritualidad hemos de revalorizar? ¿El humanismo? El humanismo ya no es una fuerza viva; ya no podemos confiar en el humanismo (12). Lo puramente natural no nos sirve para curar males sobrenaturales.

Sabemos además qué es el alma de Europa y también quién puede devolverla. Sólo quien pudo resucitar a Lázaro, ya fétido, podrá resucitar a Europa y dar sentido a nuestra cultura. No es hora de políticos ni culturalistas, es hora de apóstoles y santos. Es verdad que hemos llegado a un estado de máxima descomposición, pero muchas células de este cuerpo viven una vida tensa y combativa. Si estas células irradian cristianismo de modo que sanen las células vecinas, el cuerpo resucitará y todos los europeos encontraremos la salvación y la unidad que buscamos. De lo contrario..., tal vez nuestro necio orgullo de pueblo privilegiado tenga que aceptar un día la humillación de, sumido en la máxima barbarie, verse misionado por sacerdotes congolese.

Una célula viva —no la única, desde luego— de las que hablábamos, la constituye este trasfondo del sano pueblo español, que ni aceptó el Renacimiento paganizante —recuérdese el Renacimiento cristiano de fray Luis de León— ni transigió con la herejía. España se desangró —¡y qué mal nos lo

(12) Jaspers: «Europa der Gegenwart», 1947.



han agradecido!— por la conservación del Catolicismo en Europa hasta sucumbir gloriosamente en Rocroy. Rechazó el enciclopedismo y mantuvo lucha armada por todo un siglo contra el liberalismo, y en una gesta única reciente derrotó al comunismo ante la incomprensión de la Europa fenoménica, que ni siquiera puede reconocer que nuestra esencia es la misma que ella tenía hace cuatro siglos y de la que renegó mientras nosotros la conservábamos. ¿No será por ser verdaderos europeos por lo que nos han tachado de extraeuropeos?

Sin exclusivismos, unidos a nuestros hermanos católicos de todo el mundo que esperan nuestra colaboración, ayuda y aportación de los sanos principios conservados, podemos jugar un papel decisivo en la europeización —cristianización— de Europa.

Quien no acepte la salvación aun cultural y material de Europa por el Catolicismo, éste o desconoce la Historia o cae en el burdo error historicista de creer que lo que fué verdad no puede seguir siéndolo.

Arturo Juncosa Carbonell, S. I.

De BORGIANUM. — Filósofo del Cº Máximo de San Francisco de Borja, de San Cugat del Valiès (Barcelona).

Europa y la Cristiandad

Casi desde el final de la guerra está en permanente actualidad el problema de Europa. Este problema ha llegado a ser preocupación general de políticos, militares, economistas y hasta de teólogos. Hace pocos meses el Congreso de Cooperación Intelectual celebrado en Madrid lo abordaba con la excepcional competencia de los hombres mejor preparados para estudiarlo.

Después de la lectura de las distintas intervenciones sobre el tema, nos parece que fué el colaborador de CRISTIANDAD don Faustino Sánchez Marín quien trajo al problema más rigurosas precisiones. En su ponencia había un apartado con el título de «Europa y Cristiandad» cuyo contenido nos parece de gran interés. Para él lo occidental y lo cristiano cumplen, respecto del ser europeo, las funciones de materia y forma respectivamente. En esta dualidad constitutiva, lo cristiano, «por ser la forma, es la porción entitativa más noble, como en el hombre la parte más noble es la espiritual». Sin embargo, le parece abusivo decir que «Europa es la Cristiandad», como si dijera también que el hombre es el espíritu. «El concepto de Cristiandad está por encima, es más ancho y comprensivo; en su ámbito caben la realización social-cultural occidental y la realización oriental del mismo género; a su vez, como es notorio, el concepto de Iglesia está por encima, es más an-

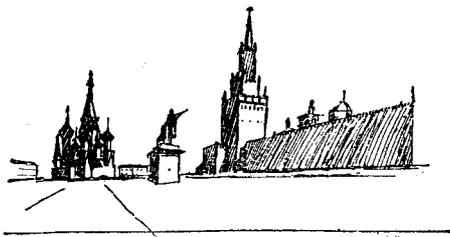
cho y comprensivo que el de Cristianidad. La Iglesia está directamente ordenada al logro de la vida eterna; la Cristiandad es también la Iglesia, pero en tanto que orden cristiano transportado a lo social-cultural; en tanto que ámbito referido al orden temporal de historia y cultura informado por el espíritu de la santa Iglesia.»

Así pues, si cabe legítimamente declarar que Europa es la Cristiandad, también la negativa es cierta, porque no es *toda* la Cristiandad. Esta distinción no excluye el que, alguna vez, históricamente, la europeidad haya podido coincidir con la Cristiandad, porque en algún tiempo sólo la Europa

occidental estuvo ampliamente cristianizada. Entonces Europa podía pretender constituirse en un universal Sacro Imperio, en Cristiandad pura y exhaustivamente. Pero este fenómeno o este momento no era sino una simple fase transitoria. Por eso yerran, a su vez, quienes identifican lo europeo con la concreción histórica que alcanzó en el Medievo. Esta exageración recuerda la de aquellos que exaltan demasiado la nota espiritual en el hombre hasta convertirle en un imposible ángel, con lo que se destruye el hombre posible y real. Lo mismo puede ocurrir con Europa, aunque en este caso especial los mayores pecados suelen proceder de

quienes fingen desconocer la existencia del elemento espiritual de Europa. Luego resulta que ésta se les disuelve en pura nada, pues ni como herencia o prolongación del mundo cultural grecorromano tiene cohesión, ni como pura creación o «invención» posterior gana una estructura, una sustancia. Ha hecho bien el señor Sánchez Marín en exagerar acaso la presencia del elemento cristiano como «forma sustancial», porque el peso de posible exageración sirve para que se grabe en las mentes una noción precisa e ineludible de la aportación cristiana al mundo cultural de Europa que ahora se quiere defender.

Jesús Sainz Mazpule



¿Es posible la convivencia pacífica de la Rusia comunista con las demás naciones del mundo?

El autor de este artículo expone una interesante opinión sobre tema de tanta actualidad como el de si es posible la convivencia entre el mundo occidental y Rusia

Reiteradamente, desde que terminó la última Gran Guerra, se ha venido aconsejando por políticos y publicistas el arreglo pacífico de las diferencias existentes entre la URSS y los demás países calificados de capitalistas, señaladamente los Estados Unidos de Norteamérica como máximo exponente de este régimen.

Hace aproximadamente un año, el «New York Times» publicó cuatro artículos de su corresponsal en Moscú, Mr. Harrimon E. Salisbury, sobre esta materia, que tuvieron gran resonancia en los Estados Unidos, donde se acentuaba un movimiento favorable a la reanudación de las negociaciones con la URSS, alentado por las declaraciones de Stalin en carta dirigida al señor H. A. Wallace en 1948, a las cuales en aquellos artículos se hacía referencia.

Decía Stalin que tal arreglo «era no solamente posible, sino absolutamente esencial al interés de la paz general, expresando su confianza en la posibilidad de la coexistencia pacífica del capitalismo y del comunismo a pesar de las diferencias entre sus ideologías y sistemas económicos». Las cartas del corresponsal del «New York Times» reflejaban información obtenida sobre el terreno acerca de la preocupación que causaba al Kremlin la existencia de la bomba atómica y la nueva base que para la consolidación de las fuerzas de la paz y de la democracia representaba la alianza chinosoviética que acababa de pactarse.

Los artículos terminaban con el re-

sumen de un llamamiento del Comité Central del partido comunista que encarecía la amenaza (?) de un ataque imperialista contra la URSS, amenaza que, según previsión de Lenin, compartida por Stalin, persistirá mientras exista el mundo capitalista, y señalaba como labor preventiva inmediata del partido la agrupación en todo el mundo de las fuerzas pacíficas en un frente único y el mantenimiento en forma del potencial militar de la Unión Soviética en términos que inspiren terror a toda clase de presuntos agresores, a fin de poder realizar, a su amparo, con calma y confianza, la construcción del Estado socialista universal, expresando la firme convicción de que, en condiciones de concurrencia pacífica entre el capitalismo y el socialismo, éste saldrá siempre victorioso.

El lenguaje de este llamamiento, que, según la habitual doblez del Kremlin, atribuye a los demás los designios que él abriga, es claro indicio de lo que son de fiar las declaraciones pacifistas de Stalin, como no sea sobre la base de rendirse por completo a la URSS las naciones todavía no sometidas a su imperio.

Abona esta interpretación toda la política que Rusia viene desarrollando desde que en ella se afianzó el comunismo hasta la actual guerra de Corea, que, por fin, ha hecho abrir los ojos a todo el mundo no comunista, sin exceptuar a soviétófilos tan destacados como Mr. H. A. Wallace, que honradamente se ha retirado del partido pro-

gresista (comunista-americano), convencido de los fines agresivos del Kremlin.

Pero hay algo más trascendental para el porvenir del mundo que esos hechos en sí mismos, y es la doctrina esencial del comunismo, razón de ser del régimen bolchevique y fundamento de toda su política exterior.

El comunismo no fué una mera reacción contra los abusos a que pudo dar lugar el régimen capitalista de la gran industria, movido por el ideal de liberar a las clases proletarias de la burguesía dominante. Esa aspiración pudo tener parte en la iniciación del movimiento cuando la llamada «Liga de los Justos» adoptó el lema de «todos los hombres son hermanos»; pero muy pronto se rectificó aquella orientación, calificada de «sentimentalismo dulzón», que parecía retrotraer el comunismo al cristianismo primitivo, y en el manifiesto comunista de 1848, obra de Marx-Engels, se sustituyó aquel lema por el de «proletarios de todos los países, uníos», proclamando la lucha de clases sin cuartel, que habrá de culminar con la revolución proletaria ineludible, violenta y universal para destruir el orden político, económico y social existente y entronizar la dictadura del proletariado en tanto no se llega a organizar la Sociedad perfecta, sin propiedad privada, sin clases y sin Estado, aspiración final del comunismo.

Todo este programa de acción está basado en un sistema completo de filosofía, absoluto y totalitario, fundado

EL BIELDO Y LA CRIBA

ciertamente en conceptos erróneos sobre el hombre, la sociedad y la Historia, pero que, desarrollado con lógica impecable, trata de justificar los excesos y utopías antedichos, constituyendo todo ello la base de una civilización materialista y atea en abierto conflicto con el cristianismo, cuya influencia social declara francamente que se propone eliminar del mundo entero (1).

La persecución de que son víctimas los cristianos, y especialmente los católicos, en todos los países sometidos a su influencia, pone de manifiesto el carácter anticristiano del comunismo, cuyo plan imperialista encaja perfectamente con la política expansionista tradicional de Rusia.

Para dar eficacia a esa expansión, la URSS procura mantener quintas columnas en todas las naciones del mundo, y a fin de promover su fe y engrosar sus filas sostiene la «Desimform» —organización comunista de teología del «Kominform»—, verdaderos seminarios para la formación de misioneros comunistas, falsos sacerdotes que son enviados a otros países para actuar como agentes de la propaganda roja y procurar la desorganización de las Iglesias cristianas. Actualmente se conocen cinco seminarios, en Moscú, Crimea, Ucrania, Latvia y Siberia, con unos 5.000 estudiantes. Recientemente —según informa la Agencia Intercatólica de Nueva York— se ha constituido en Varsovia una institución similar denominada «Orquiform», que depende directamente del Politburó de Moscú, y cuyo objeto especial es reclutar alumnos en los países satélites para prepararlos y enviarlos luego a las grandes escuelas de Rusia (2).

Vayan como prueba de lo expuesto algunos textos entresacados de los escritos de los principales definidores y dirigentes de la política comunista.

Necesidad e inminencia de la revolución comunista. — «El conflicto entre la producción social y la apropiación capitalista llega a un violento desenlace... El choque económico ha alcanzado su punto culminante: el modo de la producción se rebela contra el modo del intercambio.» (Marx-Engels, «El Manifiesto comunista», editado N. Y. 1935, p. 15. — «Programa de la Internacional Comunista», N. Y., 1936, páginas 11-13.)

(1) Quien quiera profundizar en esta materia lea la obra de Charles C. Mc. Fadden (agustino) — profesor del Colegio de Vilanova, EUNA. — «La filosofía del Comunismo», de la cual ha publicado una versión española la editorial S. EVE. R-Cuesta de Valladolid-1949. De ella hemos entresacado los textos citados en este artículo.

(2) Para hacerse cargo de los peligros que entrañan toda esta clase de maniobras, basta citar el Decreto por el que se prohíbe bajo excomunión a los obispos de Checoslovaquia que consagren a ningún nuevo obispo sin contar con la expresa autorización de la Santa Sede.

Características de la revolución comunista: Ha de ser fundamental, violenta y universal.

Fundamental. «La revolución burguesa se limita a cambiar un grupo de explotadores por otro en el asiento del poder; por eso no tiene necesidad de destruir la máquina del viejo Estado. Por el contrario, la revolución proletaria suprime todos los grupos de explotadores en el Poder y coloca en él al jefe de todos los trabajadores y explotados de la clase proletaria. No puede excusarse de destruir la máquina del viejo Estado y reemplazarla por otra nueva.» (J. Stalin, «Problemas del Leninismo», N. Y., 1934, págs. 16 y s. — Véase también: J. Stalin, «La Revolución de Octubre», N. Y., 1934, p. 99.)

Violenta. Hablando de la Commune de París, dice Marx que fué un fracaso del proletariado el abandono de la violencia implacable, abandono que le robó la auténtica victoria.

«Dos errores —dice— privaron a la brillante victoria de sus frutos. El proletariado se detuvo a la mitad del camino; en lugar de meterse con «la expropiación de los expropiadores», se desvió soñando implantar una suprema justicia en el país... El segundo error fué la magnanimidad innecesaria del proletariado: *en lugar de exterminar a sus enemigos* se dedicó a ejercer influencia moral sobre ellos.» (C. Marx, «La guerra civil en Francia», ed. N. Y., 1933, p. 80.)

«La dictadura del proletariado no puede ser el fruto de una evolución pacífica de la sociedad burguesa y de la democracia burguesa.» (J. Stalin, «Los fundamentos del Leninismo», Nueva York, 1932, p. 51.)

«La conquista del poder para el proletariado no significa una captura pacífica de la máquina estatal burguesa, proporcionada por una mayoría parlamentaria. La burguesía recurre a todos los medios de violencia y de terror para proteger y reforzar su propiedad robada, a su atropello político... Por eso, la violencia de la burguesía no podrá suprimirse sino con la firme violencia del proletariado. La conquista proletaria del poder es la ruina violenta del poder burgués.» («Programa de la Internacional Comunista», Nueva York, 1933, p. 36 y s.)

Universal. Una tercera característica de la revolución proletaria es que si ha de tener éxito ha de ser con una finalidad internacional. Es cierto que el comunismo no se ha desarrollado todavía, ni económica ni políticamente, por todo el mundo; por lo tanto, no hay que esperar que todos los países estén prontos para la revolución proletaria al mismo tiempo. Pero el establecimiento internacional del comunismo ha de ser el hito del proletariado: el comunismo no tendrá éxito del todo hasta que esté establecido en todo

el mundo. («Programa de la Internacional Comunista», N. Y., 1936, p. 34 y siguientes.)

La Dictadura del proletariado.—«La revolución proletaria, su movimiento, su avance y su perfección se convierten en realidades tan sólo por la dictadura del proletariado. Tal dictadura es el apoyo principal de la revolución, su órgano e instrumento; primero, para aplastar la resistencia de los explotadores derribados y consolidar el triunfo; segundo, para llevar la revolución proletaria a su término y completar la victoria del socialismo.» (José Stalin, «Los fundamentos del Leninismo», N. Y., 1932, p. 44.)

«La diferencia científica entre socialismo y comunismo es clara. Lo que de ordinario se llama socialismo fué denominado por Marx «primera o ínfima fase de la sociedad comunista.» (Lenin, «El Estado y la Revolución», Nueva York, 1932, p. 84.)

«La dictadura del proletariado tiene tres aspectos fundamentales: 1) Utilizar el poder del proletariado para suprimir los explotadores, defender el país, consolidar los lazos con los proletarios de otros países, desarrollar en todos ellos la victoria de la revolución; 2) Utilizar el poder del proletariado para separar de una vez a la burguesía del trabajo y de las masas explotadas, consolidar la alianza del proletariado con esas masas, encuadrar a éstas en el trabajo de la construcción socialista y asegurar la jefatura estatal del proletariado; 3) Utilizar el poder del proletariado para organizar el socialismo, para abolir las clases, para pasar a una sociedad sin clases, a una sociedad sin Estado. La dictadura proletaria es una combinación de todos los tres aspectos. Ninguno de ellos puede destacarse como rasgo exclusivo de la dictadura del proletariado.» (J. Stalin, «Problemas del Leninismo», N. Y. 1934, p. 26 y siguientes. — Ver también: José Stalin, «Los fundamentos del Leninismo», Nueva York, 1932, p. 44 y s.)

Duración de la dictadura. — «Son necesarios años y años de firme gobierno del proletariado, porque sólo el proletariado es capaz de vencer a la burguesía.» (V. Lenin, «La decepción del Pueblo», Londres, 1935, p. 28.)

«El tránsito del Capitalismo al Comunismo representa una entera época histórica. Hasta que esa época no haya terminado, los explotadores abrigarán, sin remedio, la esperanza de una restauración, y esta esperanza se convertirá en tentativas. Después de su primera derrota sería, los explotadores derribados... se lanzarán a la batalla con décuple energía, con furiosa pasión y odio centuplicado para recobrar su «paraíso perdido», en pro de

sus familias, que han llevado una vida tan dulce y tan fácil, y a las que ahora la «horda común» condena a la ruina y a la destitución.» (V. Lenin, «La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky», N. Y., 1934, p. 35 y s. - Para esa misma idea véase: J. Stalin, «Los fundamentos del Leninismo», Nueva York, 1932, p. 47; «Programa de la Internacional Comunista», N. Y. 1936, página 34. - V. Lenin, «El Estado y la Revolución», N. Y., 1935, págs. 69, 74 y 79.)

La Religión.— «La Religión es el opio del pueblo.» (C. Marx, «Ensayos selectos de Marx», ed. N. Y. 1926, página 16.)

«La Religión y sus ministros fueron, y son todavía, uno de los baluartes del cautiverio de las masas en toda la sociedad dividida en clases, en la que de una parte de la raya quedan los oprimidos y explotados, y de la otra quedan los opresores y explotadores.» (Lenin, «Religión», ed. N. Y. 1935, p. 7.)

«La lucha contra la Religión no debe limitarse ni reducirse a una disputa abstracta o ideológica. Esta lucha debe enlazarse con el práctico y concreto movimiento de clases. Su finalidad debe ser el arrancar las raíces de la Religión.» (Lenin, *id.*, p. 10.)

«Una de las tareas más importantes de la revolución cultural, que afecta a las grandes masas, es la manera de combatir de modo sistemático e implacable a la Religión, opio del pueblo... Mientras el Estado proletario concede la libertad y suprime la postura privilegiada de la Religión antes dominante, prosigue la propaganda antirreligiosa con todos los medios y reconstruye la totalidad de su Empresa educadora sobre la base de un materialismo científico.» («Programa de la Internacional comunista», N. Y. 1936, p. 54.)

Criterio de la moralidad comunista.— «Decimos que nuestra moralidad está del todo subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado. Deducimos nuestra moralidad de los hechos y de las necesidades de la lucha de clases del proletariado... Por eso, decimos que una moralidad, que viene de fuera de la sociedad humana, no existe para nosotros. Es un fraude. Para nosotros, la moralidad está subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado.» (Ver Lenin, «Religión», *id.*, p. 47.)

Ante esos textos que descubren toda la agresiva perversidad del comunismo, consideren los hombres responsables del porvenir del mundo si cabe la esperanza racional de convivencia pacífica de la Potencia que lo encarna con las demás naciones, en tanto no se extirpe de raíz el cáncer que en ella

tiene su núcleo y cuyas ramificaciones se considera con la misión de extender al resto del mundo.

Entretanto, Moscú sigue entonando himnos a la paz, movilizándolo sus quintas columnas y librando una guerra de nervios cuyo término no se entrevé e impone a las demás naciones enormes gastos militares que desorganizan su economía civil y acabarán por arruinarlas, que es lo que ansia el comunismo como preludio de su victoria.

No es de nuestra competencia prescribir el tratamiento que la dolencia requiere. Pero no dejaremos de advertir que una intervención quirúrgica no bastará, por sí sola, para devolver la paz al mundo, si no va acompañada de una intensa labor de higiene social

que requiere la efectiva recristianización de todas las clases, comenzando por las más altas, que tienen el deber ineludible de predicar con el ejemplo, y procurando para todos un mínimo racional de bienestar, aun a costa de sacrificios por parte de los mejor acomodados, superando con la caridad lo que no se deba en justicia. Los hechos —dijo Balmes— exigen que la riqueza sea civilizadora; que proporcione instrucción, moralidad y bienestar a las multitudes; si la riqueza no cumple esta misión, la subversión del pueblo vendrá indefectiblemente. Política que el inolvidable cardenal Monescillo resumió posteriormente en la afortunada frase «Pan y hojas de caticismo».

V. Muntadas Rovira

Karl Jaspers: «Nietzsche y el Cristianismo»

No hemos de disimular que la lectura de Nietzsche nos ha producido siempre una irreprimible repugnancia. Sus ideas nos parecían ideas vomitadas de un estómago sacudido por espasmos de vértigo. Esto nos ocurría en una época en que la introducción y vulgarización de la «filosofía de los valores» en la enseñanza universitaria traía el nombre de este pensador a los labios de los profesores con una frecuencia desconsoladora. Entonces se sentía la necesidad de remitir, como fundamento de muchas ideas filosóficas, a Nietzsche, y hasta buscar en él la disculpa o justificación de desarreglos morales. Esto fué en nosotros efecto de un contagio del ambiente, pero aun en medio de la infección surgía espontánea la sensación de asco.

Después hemos seguido interesándonos por el pensamiento de este filósofo, pero buscándole preferentemente en buenos expositores para ahorrarnos aquellas sensaciones que nos provocaba el contacto directo. Por esto ahora nos hemos fijado en el estudio de Karl Jaspers, titulado *Nietzsche y el Cristianismo*. Jaspers analiza los elementos cristianos que se encuentran en la obra de este pensador que se declaró constantemente anticristiano. Señala, por ejemplo, como un rasgo esencial en Nietzsche «una cierta especie de admiración hasta Cristo y el cristianismo». Estudia luego la «herencia cristiana» de que estaba cargado: la idea de que existe una visión única y universal de la historia, la idea de que hay algo fundamentalmente frustrado en el hombre y la idea de una ciencia total movida por una voluntad ilimitada de saber. La idea de frustración en el hombre es sólo una trasposición de

la doctrina de la «caída» por el pecado original. Las otras dos ideas suponen que el mundo es obra lúcida e inteligible de una mente divina, así como que la historia entera se desenvuelve de acuerdo con un plan de conjunto inteligente. Nietzsche mismo se dió cuenta de la determinación cristiana de tales ideas y reaccionó exaltando la imperfección del hombre, de este «animal inacabado», forjando el mito del eterno retorno como una salida desesperada que le impidiera caer en el nihilismo absoluto. Su diabólica empresa intelectual quedó consumada en este mismo rasgo de tener que cooperar —él contra su propia voluntad— a los planes divinos. Ser asimismo un «instrumento» providencial.

Si hoy podemos tranquilamente escribir con el título de estas líneas, es porque el prestigio de Nietzsche, si no está totalmente deshecho, por lo menos se cotiza en baja y no ejerce ninguna seducción. El papel de fermento corrosivo que él ejerció durante algún tiempo lo cumplen hoy algunos filósofos existencialistas, emparentados con él en la misma exaltación de la animalidad en los instintos, e igualmente anticristianos, aunque por extraña paradoja sean deudores al cristianismo de las mismas nociones que les sirven de punto de partida: tales como la de «abandono», «caída», «ser arrojado». Estas nociones, tomadas de la teología o de los tratados ascéticos, son lo que da visos de valor a las construcciones existencialistas, al igual que las tres ideas cristianas que Jaspers descubre en Nietzsche son los elementos más firmes de su pensamiento frenético y delirante.

J. S. M.

LA REVOLUCION EN EL PENSAMIENTO DE PEMARTIN

II

La contrarrevolución mundial

CRISTIANDAD publicó en su número 157, correspondiente al mes de octubre del pasado año, un autorizado y trascendental juicio venido de Roma acerca de lo que es dado esperar a los católicos de los dos bandos en que, de un modo simplista, parece a muchos que está dividido el mundo. A lo largo de su publicación ha sido siempre tema de esta Revista el examinar las posibles soluciones en que fácilmente se prestarían los hombres a confiar, antes que aceptar o, por lo menos procurar comprender, la que se propone por los Papas y es razón de ser de la existencia de *CRISTIANDAD*: El Reinado social de Jesucristo. En nuestro deseo de informar a nuestros lectores sobre estas materias de actualidad, damos a continuación la segunda parte del trabajo con que nuestro estimado colaborador José Luis Vazquez Dodero reseña La contrarrevolución en el pensamiento de José Pemartín.

Los trebejos que utiliza Pemartín para llegar a un concepto de Revolución son, según vimos, de patente moderna e incluso actual, porque actualmente hay, como es sabido, algo más que existencialismo. Pero no llegaría a esa visión, como también quedó apuntado, sin una idea cristiana del hombre y de la historia.

Es esta idea la que le lleva, más que otra alguna, a plantearse la cuestión de si es posible la Contrarrevolución y, en caso afirmativo, investigar cuáles podrían ser hoy sus fundamentos.

Ante todo, habrá que resolver una dificultad previa que el mismo pensador se plantea. Si la Revolución consiste en la destrucción de la formación temporal histórica, si constituye la última fase en la disolución de una Cultura; si es, por tanto, un momento ineluctable en un proceso, como la muerte en la vida, ¿no será quimérico hablar de Contrarrevolución?

Pero la Historia transcurre en el tiempo y, como en él, hay en su cauce dos elementos: permanencia y cambio. Permanecer, durar, es existir; pero durar en el tiempo es cambiar: sin cambio no hay tiempo. Estos dos elementos están representados en la vida de toda Cultura: el cambio o contra-duración trabaja como el desgaste en las vidas humanas, por jóvenes que sean; y la permanencia se resiste a esa acción destructora.

El antagonismo es, pues, radical. Por eso el conde de Maistre pudo escribir con verdad su frase archisabida: «La contrarrevolución no es una revolución contraria, sino lo contrario de la Revolución.» De este modo la palabra expresa un concepto filosófico-cultural con el cual puede uno entenderse. Así, en Pemartín, como en los pensadores contrarrevolucionarios, está claro el significado. En el artículo anterior vimos alguna formulación de pluma liberal de la cual pueden sacarse idénticas consecuencias. Ortega y Gasset, en efecto, ve en la Revolución un intento de sublevación contra lo concreto por parte de la abstracción; y añade que siendo los problemas humanos de máxima concreción, «es consustancial a las revoluciones el fracaso».

En el estudio que analizamos, se da plena validez a la doctrina que contienen las palabras de José de Maistre sobre la Contrarrevolución. Ateniéndose a ella y a la propia, ya expuesta, sobre el fenómeno revolucionario, el autor concluye: «Contrarrevolución es la defensa del ser de la Cultura —en todo tiempo, en todo momento y circunstancia— contra el no ser de la Revolución».

¿Cómo organizar esta defensa?

Previamente había sentado: «Lo que caracteriza a la Revolución de hoy, la que estamos viviendo, es que ha llegado a sus límites máximos; que es, a la letra, la Revolu-

ción mundial». Por lo mismo, la Contrarrevolución ha de tener dimensiones universales.

No ha de servir de rémora para su organización la amenaza bélica que hoy pesa sobre el mundo. Porque, fuera de que un pesimismo sistemático es tan rechazable como el necio optimismo de los temperamentos confiados, la guerra, aunque factor de fusión y transmisión de la cultura, lo es también de disolución y relajación en grado que llegaría a superlativo cuando de un tercer conflicto mundial se tratase. Para tal hipótesis habrían de estar listas, vivas y vigorosas las fuerzas de la Contrarrevolución.

Una revista previa a esas fuerzas requiere clasificarlas y aperebirlas a entrar en combate. En primer término: ¿con qué se cuenta?

El examen se hace en triple dirección: religioso, filosófico y político-social.

La religiosidad, como quedó señalado, es elemento básico en la Cultura. Afirmación que ha de subrayarse es que lo que la Contrarrevolución se aperebe a proteger «son los principios fundamentales de la civilización cristiana: en síntesis, la libertad y la dignidad de la persona humana». Defiende esto la coalición más poderosa que jamás se ha visto sobre la tierra: la *Cristianidad*-audaz, neologismo que designa todo el conjunto cultural cuyos profundos sedimentos proceden del Cristianismo: más de las dos terceras partes del planeta. Libertad, dignidad que en límites perfectamente señalados postula hoy la Iglesia, como siempre, «oponiéndose a toda forma de absolutismo, de tiranía, de un poder incensurable e intangible» (Pío XII). Cree Pemartín que «ante la gravedad de las circunstancias, un sentimiento difuso de religiosidad, de horror hacia el ateísmo oficial, por primera vez en el mundo se erige como doctrina de un Estado que se extiende por todas partes».

En el campo filosófico, hay hechos cuyo significado re-
 dunda en provecho de esta actitud defensiva: la superación del idealismo; las tendencias hacia la superación del positivismo científico con la Filosofía de las Ciencias; cierta voluntad de síntesis, y sobre todo una reacción general superadora del racionalismo.

Finalmente, ¿qué nos ofrece de esperanzador el panorama político-social? Reina evidentemente una desorganización abrumadora. Se tocan las consecuencias —anunciadas en su día por el pensamiento contrarrevolucionario— del sufragio universal inorgánico y de la intervención del proletariado como fuerza política. Paradójico resulta que la democracia y el socialismo, penúltimo capítulo de la Revolución, quieran ser utilizados para debelar al comunismo, su consecuencia postrera. Ante esto cabe hablar de una especie de «milagro» europeo: «milagro» de con-

centración de inteligencia directriz que provoca la unidad anglosajona en las dos guerras mundiales para salvar el Occidente y que hoy origina la ayuda de Norteamérica al viejo continente, cerebro y corazón, ya cansado, del mundo. «Cerebro, porque es el asiento de una inteligencia, delicada y enorme, con veinticinco siglos de madurez: la etapa que va desde el milagro griego al milagro europeo actual; corazón, porque en mitad de esa etapa se realizó, precisamente en el mar de Europa, el Mediterráneo, el gran milagro del mundo, no simbólico, sino real, del cual los otros dos son tan sólo como dos grandes antorchas ante la custodia de un altar: el milagro de la Encarnación del Hijo de Dios, milagro de Amor, milagro de Corazón, que es el que por encima de todas las otras certidumbres humanas nos da una gran esperanza de la salvación de esta Cultura, de esta Civilización, maravilloso estuche humano —con todos sus humanos defectos— de aquella obra de salvación divina».

¿Qué determina esta actitud contrarrevolucionaria, incluso por parte de hombres, grupos e instituciones nutridos por la ideología de la Revolución? ¿Por qué, por ejemplo, los 52 millones de obreros alistados en la V Internacional de Amsterdam, cuya intervención en favor del comunismo hubiera sido decisiva, se ha opuesto a él? Lo que ellos han defendido, no es, claro está, el capitalismo, ni la propiedad privada, que está destruyendo el socialismo, sino aquel sentimiento de libertad y dignidad en que se basa nuestra civilización, y que el comunismo ha aniquilado.

Lo que ha supervivido en Europa del orden tradicional —monarquías, instituciones jurídicas, formas sociales— constituye una fuerza de conservación y resistencia frente a la devastación revolucionaria. La familia cristiana, verbigracia, es un canon humano inapreciable para articular la tradición en la nueva formación histórica.

Una profunda valoración moral de la jerarquía se hace indispensable en el mundo venidero. Y la humanización del trabajo de acuerdo con ese sentido jerárquico. En tal dulcificación ha de operar un factor moral, a saber, la primacía del hombre sobre las cosas: el hombre considerado como finalidad segunda de la creación; y otro factor de orden material: el maravilloso dominio del hombre sobre la naturaleza, cuyo fin providencial —o uno de cuyos fines providenciales— es sin duda elevar el nivel medio de vida, hacer de este mundo inhóspito un hogar vividero.

«El pensamiento contrarrevolucionario —escribe a este propósito el profesor Calvo Serer— no pretende parar la Historia, ni es una vuelta nostálgica al pasado. Por el contrario, domina en aquél la idea de que la Historia es irrepetible. Lo que sí hace es tener presente que en el fluir histórico hay valores eternos que son precisamente los que deben configurar el pensamiento y la sociedad. Por negar esto es por lo que el pensamiento revolucionario acaba deshaciéndose en relativismo e historicismo. La contrarrevolución no debe, pues, ser confundida con la *reacción*, que por oponerse de manera radical a *todo* cambio que lesione los intereses o egoísmos de clase, es realmente anticristiana, aun cuando utilice como medio político o máscara ideológica a la Iglesia y a la doctrina de la Restauración».

Por último, el elemento más cardinal y decisivo en la obra contrarrevolucionaria, que permitiría alumbrar un mundo nuevo, sería el renacimiento de la fe, un despertar de la conciencia religiosa, del que hay síntomas visibles aun en medio de la gran crisis presente. Y como virtud que al lado de la caridad tiene una extraordinaria belleza y un gigantesco poder asociante, la humildad. «A través de ella, los pueblos llegarán a la paz», ha dicho Pío XII.

He aquí, en síntesis literal del propio autor, los fundamentos de la Contrarrevolución mundial:

1.º La constitución progresiva, pero acelerada, por

todo el mundo de la última Cultura mundial de tendencia unitaria, a base de la superación de los nacionalismos y de las diferencias raciales, políticas y religiosas.

2.º La atemperación del ritmo anárquico y acelerado de la nueva Cultura a un adecuado ritmo histórico, integrador y constructivo, mediante la transmisión reguladora de todo el valiosísimo legado de tradiciones históricas, políticas y culturales, proveniente de la Cultura de Occidente.

3.º La jerarquización de los valores político-sociales en la nueva Cultura, a base de una superior exigencia de moralidad, por la opinión pública, cada vez más viva y poderosa, por los potentísimos medios de interrelación modernos, y cuyos legítimos derechos han puesto reciente y luminosamente de manifiesto las enseñanzas de Su Santidad Pío XII.

4.º La resolución decidida de los problemas del trabajo, que plantea ineludiblemente el cometido y poder extraordinario de las masas obreras en el mundo de hoy: espiritualmente, mediante una nueva estimación de la persona humana, como finalidad principal, y no como mero instrumento en el proceso productivo, según lo urge incessantemente la Iglesia; materialmente, utilizando adecuadamente para este fin las inmensas reservas energéticas, providencialmente puestas a disposición de la humanidad.

5.º Una inversión radical del pensamiento filosófico, que —según antiguas orientaciones aristotélicas y leibnizianas— tienda a explicar al mundo, arquitectónicamente, en función de causas finales.

6.º Una reviviscencia de la religiosidad universal, con tendencias unitarias, en las que el catolicismo asuma el cometido de eje principal de unificación.

* * *

Sería erróneo dar un sentido de definición rigurosa y categórica a esta exposición concreta de los fundamentos de la Contrarrevolución. Su propio autor llama «vislumbres» a estos puntos acerca de lo que podría fundamentar la situación histórica contrarrevolucionaria o, en su terminología filosófica, «la Cultura naciente». Además, Pe Martín no se ha propuesto una elaboración que contemple el fenómeno desde el plano sobrenatural, que es donde se alcanza plenamente y, por decirlo así, se agota la verdad del tema. Si el fin del hombre, vg., juega en el pensamiento expuesto, no es como punto de arranque, sino sólo como una verdad concurrente a explicar la Revolución en tanto que *disolución de la Cultura*.

Ya en el artículo anterior quedó indicado el carácter no teológico del trabajo examinado. Hay que hacerlo patente así, para que no se le pida lo que no entraba en su propósito. Por este mismo motivo y por el espíritu cristiano, fervorosamente cristiano, que implica y explícitamente empapa su especulación, no sería certero interpretar algunas expresiones —especialmente cuando da en fórmulas concretas los fundamentos de la Contrarrevolución— como una manifestación de esa vaguedad religiosa que suele provenir de errores y engendrar confusiones. Por el contrario, en el límite mismo del valioso ensayo, expresando su significado, se presiente ya la Revolución como invasión del Naturalismo, como conspiración contra el espíritu de Cristo en cuanto vida del hombre y de la sociedad.

Cerremos estas glosas con una consideración que merecería amplio desarrollo. Cuando se asegura que el pensamiento contrarrevolucionario retarda, estaciona, petrifica el desenvolvimiento humano, ¿no se dice una trivialidad? Ni en el que acabamos de examinar, ni en el que cala hasta lo más profundo de las raíces religiosas del problema, hay nada que autorice seriamente la afirmación. «No hay obras fecundas si no se ajustan a las necesidades del Ahora y del Aquí.» Obvio pensamiento de Maeztu que podría servir de base para un estudio de este aspecto del tema.

J. L. Vázquez Dodero

LOS EJERCICIOS Y LA MENTALIDAD CINEMATOGRAFICA

¿Puede haber dos cosas más antagónicas que el cine y los Ejercicios?

Siguen caminos opuestos, pero se entrecruzan a veces.

Su posición es diametral, pero no excluye todo punto de contacto.

Nos proponemos estudiar sus posibles relaciones bajo el doble punto de vista: 1.º individual: *mentalidad cinematográfica*, y 2.º social, en otro artículo sobre la *influencia cinematográfica*.

Empecemos por dejar asentado el hecho de que el cine crea una determinada *mentalidad* de configuración bien definida. No es posible desconocer la influencia profunda del cine en el orden psicológico. Es un espectáculo, pero está muy lejos de ser una diversión inofensiva. No es un arma de juguete, sino que aquí la diversión y el juguete se convierte en arma bélica de gran potencia en la silenciosa lucha de las ideas.

El cine, más que convencer, sugestiona. No habla a la inteligencia con razones, pero sabe maravillosamente transformar las ideas a través de los sentimientos. No propugna proposiciones escuetas en forma de tesis, sino que va más bien inoculando imágenes e impresiones con las que el subconsciente elaborará sus ideas y criterios personales.

Pocas veces los asiduos del cine se dan cuenta del predominio que en ellos ejerce la pantalla. Es la asfixia lenta de quien respira dormido ácido carbónico. Es la intoxicación insensible del morfínmano.

El cine, inoculado en el engranaje del psiquismo, lleva a un modo mísero de funcionar el espíritu, en baja de la labor profunda y orientada del entendimiento, y en alza de una movilidad inconsistente de ideas rápidas y desordenadas.

A falta de pensamientos, sobra de vulgaridad: los idólatras del cine hablan lo mismo, rien lo mismo, dicen los mismos chistes, víctimas de un mimetismo absurdo.

El dicho cierto «Dime lo que lees y te diré quién eres» tiene una realización infinitamente más exacta cuando se trata del cine. Y la razón es obvia: a la letra muerta sustituye el cine la viveza de la imagen animada, dotada de vida y de movimiento, sonora, en ténico y con relieve que no sólo da impresión de realidad, sino que con frecuencia su efecto supera a la misma realidad.

El estado de ánimo del espectador, rodeado de oscuridad y con toda la viveza de su atención concentrada en la pantalla, es el más propicio para hacer irresistible el influjo del cine. Se abstrae del mundo real que desaparece para él al apagarse la luz, se olvida hasta de sí mismo, confortablemente instalado, y entra en una especie de fácil éxtasis sensorial. La vista y el oído, los dos sentidos que más íntimamente nos conectan con el mundo exterior, quedan absorbidos desde el primer momento a través del lenguaje más intuitivo: la imagen en movimiento, y mediante el sentido más rápido: la vista, que asimila las imágenes con la misma rapidez de la realidad, de la luz.

Es maravilloso cómo el cine halaga los sentidos, los mima, calcula exactamente el efecto que quiere producir. Sus recursos son inagotables: varía repentinamente la escena antes de que pueda cansar, prodiga los primeros planos con un efecto de proximidad que no se da nunca en la realidad, abusa de su poder de impresionar y de la débil sensibilidad de la masa. El cine es todo movilidad, gracia, fácil belleza, elegancia barata, arte mágico para presentar la vida idealizada y depurada de sus pro-
saicas deformidades.

Y mientras la vista se deleita con fruición, el oído sigue casi sin darse cuenta el ritmo de una melodía que se armoniza exactamente con la imagen visual, pasa del diálogo al fondo musical y aun los menos entendidos sienten allí la música como paisaje, como pasión, como expresión riquísima de sentimientos.

Sintonizan imagen y sonido, se suplen, se completan y se intensifican mutuamente. Esa avalancha de imágenes sensoriales pone en marcha todo el proceso interno: hay

algo que se introduce en el interior y pasando por la imaginación activa el pensamiento, sacude la emotividad y penetra sigilosamente hasta el santuario mismo de la voluntad adormecida.

La invasión es completa y queda cogido todo el psiquismo inferior y el superior. La resistencia que se le opone es mínima y quizá nula: una personalidad pobre, un criterio inconsistente, un vigor intelectual endeble. Las ideas propias, pocas y no muy claras, quedan pronto suplantadas por otras que brotan al parecer espontáneas y libres, pero que en realidad son fruto de aquella siembra insidiosa que prospera ahogando la buena semilla.

Bajo la etiqueta de lo cómico y de la farsa, de un bienestar, un valor y una suerte humana que no se encuentra en la vida, ha impuesto el espejismo de una vida distinta, excluyendo el pensamiento de la vida sobrenatural. ¿Por qué el cine ha llegado a ser una droga deleitosa y excitante para las masas, un sustitutivo de la formación moral y religiosa?

¿No es una realidad la *mentalidad cinematográfica*?

¿Será exagerado decir que son muchas hoy día las personas taradas de esta deformación psíquica?

Los asiduos del cine llevan marcada la imprompta de su estilo: el cine los ha ido configurando a su imagen. Hay una lógica filmica en la concatenación de los hechos y hay una moral de película en la apreciación de los actos. El ver se identifica con el saber. La inteligencia queda suplantada por la imaginación, a la voluntad sustituye la emoción, el capricho.

Las cosas más bellas, más sencillas de la naturaleza, o del arte, pierden su atractivo ante el cine.

Enorme vehículo el de la película para propagar un símbolo, para inyectar un estilo de vida, para suplantarse una personalidad.

La proyección filmica viene a ser un breve currículo de vida. El pasado revive ante nuestros ojos adaptados al horizonte de una determinada sensibilidad y se convierte en vía por arte de magia. Ya nada se desvanece en la caducidad: ni las palabras, ni los sonidos, ni las sombras, ni los ademanes son ruinas del pasado, sino presencias, heridas y urgencias. El episodio cobra vida, el drama se hace realidad y el espectador participa en sus incidencias con una emoción real que le pone a tono con los personajes de la película.

De la pura especulación imaginativa se ha pasado insensiblemente a una realidad palpitable como una herida nuestra, como algo que vive dentro de nosotros mismos.

Un tipo medio de hombre moderno ha sentido sacudido su sistema nervioso por quinientas, por setecientas historias vivas, de viveza cinematográfica, en las que ha participado con la máxima tensión de sus sentidos. Y de ello resultará que su ánimo sensible ha vibrado y se ha enriquecido con toda la gama de emociones humanas y ha estado en todas partes gracias a la pantalla cinematográfica.

El tiempo y el espacio ya no tienen secretos para él porque se le ofrecieron vivos y sangrantes los más lejanos parajes geográficos y los más alejados acontecimientos históricos. Todo surgió ante sus ojos como alumbrado por una potencia taumaturgica.

Conoce las pasiones humanas más variadas: desde las montañas del Tírol o los valles del Ganges hasta el piso cincuenta y cuatro de un rascacielos neoyorquino. Ha visto casi todo el folklore mundial con sus bailes, sus canciones y sus costumbres. Estuvo en la guerra rusojaponesa de 1905, en la mundial de 1914 y ha visto y oído los bombardeos de la que empezó en 1939.

La enumeración de impresiones y huellas cinematográficas en el hombre actual podría continuarse hasta el agotamiento.

La madeja del hombre se complica; su acervo vital se enriquece hasta la saturación. Este hombre cinematográfico es un tanto diferente de sus antepasados. Esa extensísima pseudo-experiencia que el cine le ha transfundido lo convierte en un ser polifacético, desconcertante. A veces sentirá su alma rematadamente vieja, alma que sabe demasiado, saturada de acontecimientos. Otras veces, como reacción, esa falsa riqueza vital parecerá prestarle un perenne espíritu infantil y frívolo.

Tan grande es esta influencia, que existe un estilo de vivir, una moda vital puramente cinematográfica. Ese tipo moderno, plasmado según las figuras de la pantalla de uno y otro sexo, tiene como característica especial un impresionismo exacerbado que le hace ser juguete del remolino de las más caprichosas sensaciones: incoherentes, fugaces, fuertes en emotividad, las imágenes que graba en el alma con mágico poder el cine son sumamente difíciles de contrarrestar.

Hay que reconocer en el cine un factor de vida: de vida ficticia si se quiere, una sombra de vida; pero con no ser sino un remedo



y caricatura de vida, para muchas personas forma un mundo aparte, su mundo, el mundo del cine, y ha creado ese estilo nuevo, el estilo cinematográfico.

* * *

El *contraste de los Ejercicios* con esa mentalidad no puede ser más violento. Y sin embargo, esa es la realidad de muchos de nuestros ejercitantes que vienen a los Ejercicios con mentalidad cinematográfica.

Esta puede ser en algunos casos la raíz última del poco fruto que sacan a veces de los Ejercicios. Son éstos para ellos una película larga, lenta, que se desarrolla toda ella al «ralenti». Vienen con la sensibilidad o embotada a fuerza de emociones o enfermedad de hiperimpresionabilidad. Han visto tanto, han oído tanto y, aunque sea con una pseudociencia, se creen que saben tanto, que el efecto de los Ejercicios está inevitablemente mediatizado por aquella mentalidad cinematográfica.

El principio y fundamento es el polo opuesto del comienzo de una película con desfile de artista y colaboradores y el pórtico musical que sobre un fondo artístico y sugerente dispone admirablemente el ánimo para la primera imagen con que se abre la película.

El ejercitante con mentalidad cinematográfica que se sienta a escuchar una meditación se encuentra como desocupado: no sabe en qué cebar su vista, lo que oye apenas halla camino hasta la imaginación, a las pocas ideas se satura y espera un cambio brusco de escena. Como éste no suele venir, se distrae, se aburre, no sigue la meditación. Vuelve de nuevo la atención atraída por el cebo de alguna imagen o de algún caso episódico, y acabada la anécdota instantáneamente se desconecta sin percibir siquiera el por qué de aquel relato.

El silencio de la casa le abrumba, la soledad de su cuarto le da la impresión de vacío y de desierto. No sabe o no tiene fuerza de voluntad para concentrarse.

De las meditaciones que va oyendo le queda la impresión vaga de una película aburrida. Si el director prodiga las anécdotas, el ejercitante reserva su atención de una para otra llenando los intermedios con divagaciones aéreas. Si el director es más bien ideológico en su exposición, la atención del ejercitante va y viene según un ritmo pendular: cuando se siente tocado en lo vivo vuelve en sí y cuando la puntería se aleja descansa.

El proceso de los pecados propios equivale a pasar por primera vez ante la vista atónita del ejercitante la película de su propia vida, la misma que con otra luz más potente y con una fuerza de realidad imponente e inapelable volverá a pasar en la meditación del juicio.

Los Ejercicios están salpicados de cuadros de gran plasticidad, a los que sabría sacar gran partido un buen director de película. Tales son el coloquio del primer ejercicio, la escena del nacimiento, la composición de lugar de los binarios y, sobre todo, la gran meditación fotogénica de la Encarnación con la riqueza de colorido que San Ignacio sugiere en sus frases cortas como de guion de película.

Es evidente que no dió nunca los Ejercicios San Ignacio a ninguna persona de mentalidad cinematográfica — las hubiera conceptualizado como de «poco sujeto» — ni pudo sospechar siquiera la velocidad vertiginosa de imágenes que el cine iba a desencadenar en las cabezas del siglo xx.

La crisis de nuestro tiempo, la afición a todo lo rápido, lo superficial y lo frívolo no está prevista ni resuelta en los Ejercicios.

Sin embargo, en la composición de lugar descubren los psicólogos el germen de toda una disciplina de la imaginación. En ocasiones puede ser que hasta el embrión de un guion cinematográfico.

La aplicación de sentidos es como un cine mental cuya película son las reminiscencias de las meditaciones del día, el aparato los sentidos y la pantalla la imaginación. Puede decirse que una película es una aplicación de sentidos ampliada y perfeccionada, más de lo que pensó y quizá también más de lo que quiso San Ignacio.

* * *

Las grandes películas, como, por ejemplo, «Hamlet», de Laurence Olivier, suelen ser obras maestras bajo el aspecto artístico y también psicológico; suponen un esfuerzo gigantesco de reconstrucción histórica y son la resultante del trabajo metódico de grandes técnicos, literatos, músicos y artistas.

La historia cinematográfica recoge actualmente la experiencia de cincuenta años de vida que la ha hecho pasar, desde los tiempos heroicos del cine mudo, a través de diversas etapas, hacia la conquista de la perfección admirable del cine de hoy.

En San Ignacio, en cambio, todo su enorme fondo psicológico fué efecto de intuición y reflexión cuando no de aquellas iluminaciones que Dios le prodigó durante toda su vida.

Es un hecho sorprendente que grandes psicólogos de todas las tendencias descubran en San Ignacio tesoros maravillosos de la más moderna psicología. Vertió en los Ejercicios toda su penetración genial, lo mismo que el cine de hoy aprovecha todos

los adelantos técnicos; éste es otro de los puntos de contacto interesantes entre el cine y los Ejercicios; ambos llegan a una fuerte subjetivación de valores y de motivos, aunque por caminos muy diversos.

Suelen los psicólogos clasificar a San Ignacio como de tipo eidético, imaginativo e intuitivo. En mil detalles de los Ejercicios se ve la fuerza que tenía para él el factor visual. No solamente encauza el curso de nuestras asociaciones de imágenes por medio de las «adiciones» y recoge los elementos dispersos para encasillarlos por medio de la composición de lugar, sino que usa además de la forma intuitiva como de un símbolo, da realidad *presente* a las escenas y mueve los resortes afectivos y volitivos con una maestría insuperable.

Sin ningún aparato escénico, sino sólo con los elementos sencillos que puede expresar la letra muerta de un libro de estilo seco, San Ignacio consigue efectos maravillosos, más hondos y más duraderos de los que puede producir la película de técnica más perfecta.

Téngase en cuenta que la parte psicológica representa solamente uno de los medios, el menos importante, y que en San Ignacio lo principal en la eficacia hay que atribuirlo a la gracia de Dios que nos hace pedir constantemente.

Esto bien asentado, tienen sus Ejercicios algo de guion cinematográfico, late en ellos una técnica maravillosa, concebida y organizada en orden a transformar las disposiciones subjetivas del ejercitante.

También el cine le transforma, unas veces sin ton ni son y otras — las más — según la idea tendenciosa que rige la película. La diferencia está en que San Ignacio, con recursos pobrísimos al parecer, consigue resultados parecidos y a veces superiores a los de la técnica cinematográfica.

El cine impresiona. Los Ejercicios transforman.

El cine sacude la sensibilidad. Los Ejercicios mueven la voluntad.

La impresión del cine es pasajera y su daño quizá menor del que podría ser por la fuerza de la costumbre y por la inconsciencia e irreflexión de los habituales del cinematógrafo.

Hay peligro de que los ejercitantes tomen los Ejercicios como una película: impresiona, sacude y el último día se acaba; inconscientes y ligeros borran aquella impresión dispuestos a recibir otras nuevas.

La inatención que atribuyen a una película más con la que han llenado la tarde lluviosa de un domingo invernal, esa misma pueden atribuir a unos Ejercicios cuyo recuerdo se puede borrar tanto más rápidamente cuanto que menos se vuelve sobre él, por no ser muy agradable y por quedar sumergido en las oleadas sucesivas de otros episodios, de nuevas impresiones y de nuevas películas más agradables y más interesantes que la de los Ejercicios.

* * *

Difícilmente podrán ponerse los Ejercicios en película.

Siempre será difícil transformar el cine en Ejercicios y más absurdo aun transformar los Ejercicios en cine. El antagonismo que señalábamos al principio es intrínseco y brota de las entrañas mismas de lo que es el cine y lo que son los Ejercicios.

El cine es la expresión más viva del espíritu mundano; los Ejercicios la quintaesencia del espíritu evangélico.

Cine y Ejercicios se oponen como el agua y el fuego.

El cine es esencialmente pasividad receptiva a merced de los excitantes sensoriales más emotivos e intensos; el espíritu se abandona sin resistencia como barca sin lastre ni timón y queda a merced de las impresiones que la zarandean y dejan en su fondo una agitación inconsciente y malsana.

En cambio, los Ejercicios son calma exterior y actividad interna; esfuerzo voluntario del remero que empuja su barca hacia una meta fija a través de calmas o de temporales.

El cine y los Ejercicios no son dos adversarios que luchan entre sí, son más bien contendientes que aspiran a lograr ambos un idéntico objetivo; el programa del cine es el materialismo, mientras que el apellido que caracteriza a los Ejercicios es lo espiritual, su ideal el espiritualismo, la hegemonía del espíritu.

Coinciden ambos en ser los dos medios más poderosos de arrastrar las almas y de inyectar un estilo. Coinciden en ser ambos la más genuina representación de las dos tendencias que dividen los espíritus y de las dos concepciones más opuestas de la vida: la cristiana y la materialista. Ambos significan el progreso, el porvenir, las avanzadas en cada uno de los campos opuestos y aportan sendos factores de vida: de vida ficticia íntimamente pagana el cine, y de vida real, sobrenatural y cristiana los Ejercicios.

El cine apaga las luces de la realidad y enciende el foco de la fantasía.

Los Ejercicios apagan las luces de la fantasía y encienden las de la realidad.

Predomina en el cine la tendencia centrífuga y saca al hombre fuera de sí en puro afán de exterioridad.

Mientras que los Ejercicios tienen tendencia centrípeta: lo meten dentro de sí mismo e inculcan el inhibicionismo.

PLURA UT UNUM

El cine representa el progreso, el futurismo, la invasión del exotismo.

Los Ejercicios representan la tradición, la solidez, las verdades eternas, el arraigo en lo antiguo.

El cine quita personalidad, impide la reflexión, enerva la voluntad.

Los Ejercicios forman el carácter, robustecen la voluntad, profundizan la reflexión.

El cine inculca siempre, al menos implícitamente, la tesis del hedonismo y la apología de la triple concupiscencia.

Los Ejercicios inculcan el vencimiento propio, la abnegación, la cruz.

El cine excita el hambre de placeres, engaña y no llena.

Los Ejercicios sosiegan el espíritu, dan paz y reposo al corazón.

El cine exalta la forma y la belleza física fascinante.

Los Ejercicios cultivan lo interior y hacen estimar la belleza moral, la pureza...

El cine es exaltación de la teoría materialista hasta el misticismo.

Los Ejercicios son exaltación de la tendencia espiritualista hasta el heroísmo.

* * *

La consecuencia práctica e interesante que se desprende de todo lo dicho es que muchos de los ejercitantes que forman nuestras tandas traen una mentalidad cinematográfica que los aleja enormemente del espíritu y del ambiente de los Ejercicios.

El Director no sólo debe tenerlo en cuenta, sino que ha de procurar adaptar los Ejercicios aprovechando los elementos eidéticos que San Ignacio dejó esparcidos en su libro.

Esta adaptación, dejando intacto el fondo y el espíritu de los Ejercicios, debe referirse especialmente a la forma de exposición y más concretamente al lenguaje. Sin oratoria teatral y efectista,

sino con la sobriedad digna que siempre debe revestir la palabra de Dios, ha de desarrollar la materia de tal modo que no hable solamente al entendimiento, sino que a la vez se dirija a la imaginación y al corazón.

La misma sencillez escueta del estilo de los Ejercicios nos da el modelo del lenguaje que ha de emplear el Director.

Es cosa sabida que hay un estilo radiofónico y no se escribe lo mismo un artículo de periódico que una conferencia radiada. Hay también un estilo preciso de Ejercicios en retiro: es un tono muy distinto del conferenciante, y más aún del predicador.

La palabra del Director de Ejercicios en retiro debe ser, ante todo, de gran unción sobrenatural: palabra impregnada de silencio, embalsamada de oración, fecundada de gracia de Dios; palabra sencilla como la humildad, clara como la verdad, firme como la fe, encendida y afectuosa como el amor.

No se requiere una elocuencia oratoria que arrastre como un torrente, sino una penetración insinuante como una inyección en la que no se siente el pinchazo.

Esa palabra del Director de Ejercicios es el foco de luz que, proyectándose sobre el alma del ejercitante que tiene delante, ha de transmitirle no sólo sus ideas luminosas, sino sobre todo su vibración interna, sus sentimientos íntimos por medio de una misteriosa transfusión de espíritus que infunde nueva vida, enciende nuevas aspiraciones y levante a los ejercitantes a un nivel muy superior desde el que descubran nuevos horizontes, en el que vivan a gran altura espiritual y desde donde continúen en constante ascensión hacia Dios.

Solamente un Director así—santo, en una palabra—puede contrarrestar la rémora de la mentalidad cinematográfica.

En esta lucha de David contra Goliat, solamente la Gracia de Dios puede dar la victoria.

Tirso Arellano, S. I.

(Reproducido de *Manresa*, Revista de Ascética y Mística, vol. 23, año 1951, pp. 235-241).

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

LA SOLEMNE BEATIFICACIÓN

DE S. S. EL PAPA PÍO X

El acontecimiento máximo de esta quincena está constituido por la solemne beatificación del que fué en vida Papa Pío X, que ha tenido lugar, como es sabido, en la Ciudad Eterna, el domingo día 3 de junio.

La beatificación de Pío X viene a ceñir de modo oficial sobre las sienes del venerable pontífice, la aureola de santidad de que ya en vida se viera adornado. Sus primeros feligreses de Tompolo, sus diocesanos de Mantua, los venecianos, a los que el entonces Patriarca decía emocionado al partir para el Conclave: «Vivo o muerto, volveré a vosotros», los católicos, en fin del mundo entero, que acudían más tarde a rendir homenaje de sumisión al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, en la persona del hijo del aguacil de Riese, que no obstante ese humilde origen, sorprendía a los representantes diplomáticos de todos los países, al día siguiente de su elevación al solio pontificio, por la serena majestad que emanaba de su presencia, sintieron siempre ante la figura de Pío X, ese extraño sobrecogimiento que produce la santidad. «Vox populi, vox Dei», podría decirse aquí, sin miedo al error ni al equívoco. El pueblo fiel no era víctima del engaño, cuando cediendo a las voces de una secreta intuición, atribuía a la santidad de Pío X, la especial emoción, que experimentaba a la vista del venerable Pontífice, traducida a menudo en sus al-

mas, en forma de un mayor crecimiento de la fe o de una viva incitación a la virtud en general. La santidad hizo glorioso el sepulcro del nuevo beato, ha dicho Su Santidad Pío XII, y le hará todavía más glorioso en adelante.

De la entrega total y absoluta a los deberes de su cargo es feliz símbolo, el lema que Pío X adoptó como divisa de sus empresas: «Instaurare omnia in Christo». Cada una de las grandes obras de su Pontificado nos hablan con insuperable elocuencia de que dicha divisa no fué en el venerable Pontífice fórmula vana. «Defensor de la fe, heraldo de la verdad eterna, custodio de las más santas tradiciones, Pío X reveló un sentido finísimo de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo. Por eso ocupa un puesto entre los más gloriosos Pontífices depositarios fieles sobre la tierra de las llaves del reino de los cielos y a los cuales la humanidad es deudora de todos sus verdaderos avances en el recto camino del bien y de todo su verdadero progreso», dijo Su Santidad el Papa, en su discurso conmemorativo de la beatificación de Pío X. Porque el nombre de Pío X va unido al de las magnas realizaciones de la temprana comunión de los niños, de la enseñanza del pueblo fiel por medio del Catecismo, de la codificación del Derecho Canónico, de la debida y ejemplar formación de los sacerdotes, del mantenimiento de los sagrados derechos de la Iglesia frente a las pretensiones invasoras del poder

civil, demostrativas todas ellas de un profundo conocimiento del estado de la sociedad de su época y de los remedios de que había de usarse para trocar en mejor dicho estado.

La beatificación de Pío X es la explícita declaración por parte de la Iglesia del grado heroico que alcanzó el Papa de la Eucaristía, en la práctica de las virtudes, no sólo de aquellas que como teológicas tienen a Dios por objeto y por motivo, sino también de las cardinales, y de las que hacen referencia al modo de comportarse el siervo de Dios consigo mismo y con sus semejantes, y equivale, al propio tiempo, a la solemne ratificación de la actitud adoptada por el nuevo beato delante de las diversas y gravísimas coyunturas en que se vió su Pontificado. Y al llegar a este punto queremos aludir a la lucha de Pío X contra los errores del modernismo, hecho que de intento hemos pasado por alto al enunciar por modo brevísimo los puntos capitales que configuran su actuación, por entender era merecedora de una referencia más concreta, supuesto que en torno a él se ha generado de tiempo y con el favor de gentes interesadas toda una atmósfera cargada de reticencias y de mal disimuladas prevenciones hacia la persona histórica de Pío X. Sería necio a estas alturas mantener las más mínimas reservas acerca del proceder, revelador de la prudencia y del acierto más absolutos de Pío X, en dicho punto. Ahora bien; creemos sinceramente que ni la verdad histórica

ni en definitiva el pueblo cristiano pueden salir gananciosos de resultados de afirmaciones, que restan importancia a las decisiones de Pío X en tan grave cuestión, al disminuir el alcance y la trascendencia para el futuro de ésta. Todo al contrario. La beatificación de Pío X, equivale de una parte a centrar en sus justos términos el problema o lo que es lo mismo a denunciar la intrínseca gravedad y actualidad del mismo, y de otra, a precisar la única actitud que puede tomar la Iglesia frente a él, actitud que no se aparte un ápice de la adoptada por el siervo de Dios, elevado hoy a la gloria de los altares.

CRISTIANDAD deseosa de prestar a la beatificación y glorificación de Pío X, toda la importancia y el relieve que merecen, dedicará en fechas próximas un amplio comentario a la figura y a las gestas principales y características del Pontificado del nuevo beato.

LAS CEREMONIAS DE LA BEATIFICACIÓN

La prensa diaria ha informado sobre los detalles de la solemne ceremonia de la beatificación. Por la mañana en la Basílica Vaticana y bajo la presidencia del Arcipreste de la misma Cardenal Tedeschini tuvo lugar la proclamación del nuevo beato. Dice «L'Osservatore Romano» del 3-4 de junio: «Particularmente solemne y conmovedor resultó el momento de la proclamación. La grandiosa asamblea seguía la lectura (1) con profundo recogimiento; cuando el canónico Prosperini dió por terminada aquélla, un primer y espontáneo aplauso se levantó de la multitud. Pero súbitamente se sucedió una ovación general en el instante en que el Eminentísimo Cardenal entonaba el Te Deum. En este momento caía el velo de la «Gloria» de Bernini y se corría el lienzo blanco que cubría la urna del beato colocada sobre un pedestal delante, de la Confesión.

Por la tarde Su Santidad el Papa veneró los restos del Beato y dirigió a la muchedumbre congregada en la plaza de San Pedro para presenciar la grandiosa ceremonia, un discurso de exaltación de Pío X, cuyo texto publicará íntegro nuestra revista en el próximo número. En la imposibilidad de dar en el presente un avance total de las palabras de Su Santidad, queremos transcribir para nuestros lectores uno de los fragmentos finales del discurso pontificio, particularmente emotivo y repleto de significación:

«Amados hijos e hijas: Una hora de gloria pasa sobre nosotros en este atardecer luminoso. Es gloria que alcanza muy de cerca al Pontificado Romano, gloria que irradia por toda la Iglesia entera, gloria que se extiende aquí junto a la veneranda tumba de un humilde hijo del pueblo, que Dios ha elegido, ha enriquecido, ha exaltado.»

»Pero sobre todo es gloria de Dios, porque en Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna providencia, que asiste a la Iglesia y por ella al mundo, en todas las épocas de la historia. ¿Qué cosa, os pre-

guntábamos, al principio habría significado el nombre de Pío X? Parécenos verlo ahora claramente.»

»Por su persona y por su obra, Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban, preparar con oportunidad una Iglesia concorde en la doctrina, sólida en la disciplina, eficiente en sus Pastores, un seglarato generoso, un pueblo instruído, una juventud santificada desde los primeros años, una conciencia cristiana despierta para los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios lejos de retroceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate, y por divina virtud avanza y redime, se debe en gran parte a la acción luminosa y a la santidad de Pío X: Hoy se hace manifiesto cómo todo su Pontificado fué superiormente dirigido por un designio de amor y de redención para disponer a las almas a afrontar nuestras mismas luchas y para asegurar nuestras victorias y las victorias venideras.»

OTRAS NOTICIAS DE ACTUALIDAD VATICANA

Las agencias de información periodísticas han transmitido durante esa quincena otras noticias de la actualidad vaticana que juzgamos oportuno recoger.

En el consistorio celebrado el 28 del pasado mes de mayo, en el que se hizo pública la provisión de varias sedes episcopales, fué elevado por Su Santidad el Papa, a la dignidad de cardenal obispo, con asignación de la diócesis suburbicaria de Frascati, su Eminencia el Cardenal Federico Tedeschini.

Digna de mención es la audiencia especial concedida por el Sumo Pontífice al radiólogo español, catedrático de la Universidad de Madrid, doctor don Carlos Gil y Gil, a cuyo cargo irá el desarrollo de una ponencia en el Congreso Internacional de Medicina de Turín. «El Papa, dice la nota de la agencia EFE, se interesó vivamente por los progresos científicos contra el cáncer y exhortó al médico español a que continuase en sus trabajos de investigación con el fin de aliviar a la humanidad de tan grave dolencia. Al final de la audiencia Su Santidad dijo que bendecía paternal y efusivamente a la queridísima España.»

En el Palacio de la Propaganda Fide, ha tenido lugar la Asamblea Plenaria de los directores de las Obras Misionales Pontificias, con asistencia de cuarenta representantes de otros tantos países católicos. El secretario de la Congregación de Propaganda Fide y presidente general de las Obras Misionales Pontificias monseñor Celso Constantini, pronunció un discurso sobre el estado actual de las misiones y el apoyo moral y económico prestado por los católicos. Monseñor Constantini, aludió en su discurso a España, elogiando su espíritu misionero y el desarrollo de su organización misional. Los asistentes a esta Asamblea Plenaria han sido recibidos en audiencia por Su Santidad, en el curso de la cual el Papa

concedió una bendición especial a todos los cooperadores de las obras misionales pontificias.

EL P. ARRUPE Y SU MENSAJE

Los días 6 y 7 de junio ha dado unas conferencias en Barcelona el religioso jesuita P. Arrupe, Superior del Noviciado de la Compañía de Jesús en Hiroshima y testigo presencial del espantoso suceso de la explosión atómica en aquella ciudad. El P. Arrupe viene a España siguiendo las etapas de un largo periplo por todos los continentes. El conocimiento de las amplias perspectivas de evangelización que la hora crítica de la derrota, ha abierto en el pueblo japonés, mueve a los misioneros a recabar la ayuda espiritual y material de los católicos de todos los continentes, para la grande obra que Jesucristo encargara a su Iglesia: «Id y enseñad a todas las gentes...» El P. Arrupe habla a sus oyentes de la magnífica disposición que da a los japoneses para la recepción de la fe, el hecho de su disciplina moral y de su incontenible afán por anclar sobre seguro la nave de sus creencias y de su concepción de la vida y del universo. Despertar entre los creyentes de todo el mundo la vocación misionera, común a todos los católicos por el sólo hecho de serlo, aunque haya de ser distinto, como es natural, el cauce por el que deba realizarse aquélla en unos y otros, equivale a hacerles sentir por modo nuevo la realidad de una verdad religiosa, que hoy más que nunca, por así decirlo, es necesario penetrar hasta las más hondas capas de la existencia individual y colectiva. Pero el P. Arrupe habla además sin estridencias ni ademanes retóricos— que la grandeza de un suceso que se pondera por sí mismo haría por lo demás superfluos— de la explosión atómica, a la que, según dijimos ya al principio, le fué dado asistir en calidad de testigo presencial. Nada más apto que la explosión atómica, para dar idea de la espantosa catástrofe a que puede conducir al mundo, el uso para fines de destrucción y por una humanidad cada día más alejada del recto criterio moral, de algo que de suyo debiera encaminarse al bienestar de la vida.

La necesidad del recurso a Dios parece sentirse entonces en forma avasalladora. Estas consideraciones que irrumpen con fuerza desconocida en el ánimo de los oyentes por efecto de la palabra del misionero, denotan la existencia en esa misma palabra de un valor, que excede en mucho al de unas conferencias con fines ilustrativos o recreativos. La palabra del P. Arrupe tiene a nuestro juicio el sentido de un mensaje que tiende a infundir en los católicos, a quienes se dirige, la auténtica conciencia del sentido y de las necesidades que presenta la hora que viven. En las razones que anteceden tiene el lector explicadas las que nos han movido a comentar las conferencias del P. Arrupe, como cosa que no por sucedida en el marco reducido de una ciudad, deja de tener sentido y alcances universales.

HIMMANU-HEL

(1) De la bula de beatificación.

LEYENDO Y BRUJULEANDO

El Ejército estaba muerto. - Un banquero llamado Wallemborg. - Bradley augura un régimen «más perfecto» para la U. R. S. S. - Los soldados surcoreanos se mueren de hambre. - ¿Todavía quedan chinos? - NO HAY SUPERIORIDAD NORTEAMERICANA SOBRE LA U. R. S. S. - Un documento secreto. - España, Portugal y Norteamérica. - Roosevelt y Einstein.

Del 22 al 27 de mayo

EL EJÉRCITO ESTABA MUERTO

Continúan los movimientos sincronizados del péndulo coreano. En la quincena pasada, la atención internacional gravitaba bajo la amenaza de los millares de chinos que se habían lanzado a una tremenda ofensiva contra los ejércitos de las Naciones Unidas. La presente comienza con una impresión totalmente distinta.

¿Qué ha sucedido entre tanto?

«Las fuerzas vencidas del ejército chino —escriben desde Nueva York—, agotadas, dispersas y trituradas por la aviación y la artillería, se retiran en desorden en todos los frentes, huyendo a la desbandada, abandonando sus armas, mientras los ejércitos aliados avanzan triunfantes en un frente de 216 kilómetros de largo, desplegadas al viento las banderas de la victoria.»

La literatura hace también de las suyas y ayuda a corear la impresión optimista que va enrareciendo el ambiente con las extrañas noticias que empiezan a llegar de Corea. Veán, por favor, una muestra:

«Como las olas, que dejan al retirarse acervos de algas salpicadas de espuma, iban los rojos dejando en cada palmo de terreno batallones de muertos espumados en sangre.»

Otra: «Dicen algunos correspondientes que los cañones de las ametralladoras, que estaban al rojo vivo de tanto disparar sin tregua, resplandecían en la noche como las primeras luminarias de la victoria.»

Y una tercera: «A cincuenta metros escasos de las primeras ametralladoras aliadas se iniciaba la descomposición de los primeros 37.750 muertos enemigos que cayeron sólo en este sector ante el fuego norteamericano. No es, pues, que los aliados no tuvieran un ejército enfrente. Es que este ejército estaba muerto» («Diario de Barcelona»).

Con estas estupendas glosas de una tragedia que puede degenerar en una auténtica hecatombe de características mundiales, se explica todo. Si a ello se añaden las primeras cifras de bajas dadas a conocer por el Departamento de Defensa, dirigido por el general Marshall —1.618 bajas aliadas contra 58.000 bajas enemigas en cinco días—, es fácil comprender que los que se niegan sistemáticamente a aceptar, por comodidad y por conveniencia, la posibilidad de complicaciones universales que entraña el conflicto de Corea, se sientan aliviados y

convencidos de que nada pasará. ¡Como si nada estuviera pasando!

Díganlo si no esos 37.750 muertos de que habla la crónica de referencia. Aunque, quizás, la cifra pueda parecernos excesivamente precisa...

UN BANQUERO LLAMADO WALLEMBERG

¿Conversaciones de paz en Corea?

«El señor Sven Grafstrom, jefe de la delegación de Suecia, ha declarado que el día 7 de mayo llegó a su poder un telegrama de su ministro de Asuntos Exteriores, Osten Unden, indicando que había recibido una información «de fuente rusa» a través de un ciudadano sueco; según dicha información la URSS consideraba aceptable una solución de la guerra en el paralelo 38...

«Al mismo tiempo, la revista americana «Newsweek», que indicó anteriormente la existencia de sondeos soviéticos cerca de los Estados Unidos, confirma ahora que Malik, delegado de la URSS en la ONU, ha realizado varias gestiones en dicho sentido.»

El misterio de la personalidad del mencionado «ciudadano sueco» ha sido posteriormente desvelado.

«En los centros oficiales —dicen de Estocolmo— se guarda silencio sobre las informaciones según las cuales un millonario sueco, de relevante personalidad en el mundo deportivo, Marcus Wallemborg, ha efectuado cerca de las potencias occidentales sondeos para que se ponga fin a la guerra de Corea, a petición de los rusos. Los periodistas no han logrado ponerse al habla con Wallemborg.»

¿Quién es Marcus Wallemborg? Es muy curioso que las disputas que oponen el comunismo soviético con la democracia occidental no sean suficientes para romper el contacto entre los dirigentes de ambos bloques, incluso fuera de los contactos diplomáticos. Siempre existen puntos de referencia a través de los cuales es fácil establecer el diálogo. Ahora se cita a Marcus Wallemborg, un banquero de Suecia (1). Mañana podrá ser otro.

(1) «La persona que se ha mezclado en las susodichas negociaciones de Corea es el banquero sueco Wallemborg. Se trata del director general y propietario de la empresa «Stockholm Suskilde Bank», institución de crédito de gran prosapia y fama dentro de la vida financiera internacional. Wallemborg no es un mero aficionado, pues ya en 1939 estuvo muy unido a la embajadora de la URSS en Suecia, Alejandra Kailontai, en las conversaciones que pusieron fin a la guerra ruso-finlandesa. Su banco fué uno de los pocos que

El hecho reviste una importancia excepcional, aunque no tanto por la realidad —demostrada en otras ocasiones— del poder enorme de cierta banca y de sus habituales concomitancias con el comunismo, sino por la posibilidad de que aquélla pueda ser instrumento de otras fuerzas colocadas muy por encima de orientalismos y de occidentalismos, y cuya influencia pesa en mayor o menor grado, en igual o distinta intensidad, sobre las esferas gubernativas de los dos sistemas cuya oposición parece ser externamente irreductible.

¿Qué intereses sirve el señor Wallemborg?

BRADLEY AUGURA UN RÉGIMEN

«MÁS PERFECTO» PARA LA URSS

«El Gobierno de los Estados Unidos —asegura el general Bradley— desea una Corea libre y unida, pero actualmente consideraría una victoria lograr «algo menos que eso». ¿Lograr una Corea menos unida o una Corea menos libre? Hubiera sido interesante que Bradley precisase algo mejor los términos.

En cambio ha hecho otras afirmaciones más rotundas: «Todavía confiamos en que se podrá hacer otro intento de paz.» «Rusia dispone de la bomba atómica y puede utilizarla.» «La política de los Estados Unidos no tiende a expulsar a todas las tropas rojas de Corea del Norte, sino más bien a forzar a los comunistas a hacer la paz.» «Es posible que la guerra se desvanezca en Corea, sin negociar la paz.»

Por decir menos, el general Mac Arthur fué destituido de sus cargos.

Pero todavía se ha permitido decir algo más peligroso y, sobre todo, más trascendental. Refiriéndose al comunismo soviético, Bradley afirmó que «confía en que Rusia alcance un nuevo y más perfecto régimen una vez que Stalin «se haya ido».

Estas palabras deben responder a más altas inspiraciones. Seguramente el amo del Kremlin ha comprendido el significado de las mismas, aunque Bradley no haya hablado precisamente en georgiano, como lo acaba de hacer el secretario Acheson con pocas horas de diferencia.

en 1917 prestaron dinero al incipiente Gobierno soviético, dinero que fué pagado por Lenin y Stalin con religiosa exactitud como sabedores de los magníficos servicios que este financiero sueco podría prestarles en el futuro. El nombre de Wallemborg ha estado mezclado en numerosos asuntos de esta índole, casi siempre para mal, más bien que para bien» («El Correo Gallego»).

**LOS SOLDADOS SURCOREANOS
SE MUEREN DE HAMBRE**

Trece mil voluntarios surcoreanos murieron hace un mes de hambre y enfermedades, anuncia el Ministerio de Salud Pública en Fusan. La mayor parte de los fallecidos habían sido dados de baja como soldados por carecerse de alimentos.

Actualmente, unos doscientos mil (200.000) soldados coreanos del sur están hospitalizados; de ellos, el ochenta por ciento presentan un aspecto esquelético también por falta de alimentación.

¡Curiosa y trágica guerra de «liberación» la de Corea, que mientras siembra de ruinas todo el país permite que se mueran de hambre sus propios defensores! ¿No hay comida suficiente en los países democráticos para subvenir a las necesidades más elementales del pueblo coreano?

**Del 28 de mayo al 1.º de junio
¿TODAVÍA QUEDAN CHINOS?**

Una vez más se está reforzando el ambiente sensacionalista con las noticias que van llegando de Corea. Al parecer, las informaciones de los días anteriores solamente constituyen un adelanto de la victoria grandiosa, casi decisiva, de las Naciones Unidas en su lucha contra las fuerzas de la China comunista.

«Un ejército chino que se calcula entre los 60.000 y 100.000 hombres está arrojando sus armas y entregándose hoy, lunes, en masa», dicen desde Tokio.

Cada hora que pasa aumenta la gravedad de la situación de los comunistas. ¡Pronto no van a quedar chinos!

Efectivamente: «Los chinos parecen carecer del control de un Cuartel General. Son acorralados a millares, por debajo del embalse de Hwachon, entre Inje y Chunchon. En esta trampa natural se mueven indefensos a merced de las avanzadas blindadas aliadas y de los aviones, que les hacen caer a millares... Informes del frente dicen que los soldados comunistas se quitan los uniformes y los cambian, si pueden, por ropas civiles.»

El general Van Fleet, jefe del VIII Ejército norteamericano, ha dicho: «Continuaremos empujando hacia adelante, hasta que liquidemos al enemigo o éste diga que ya es bastante. Seguiremos mientras podamos.»

¿Significa eso el final de la guerra de Corea?

EPISODIO AÉREO-TERRESTRE

Un pequeño paréntesis antes de seguir adelante.

La lucha en la península coreana nos tiene reservados, a menudo, extraños episodios.

¿Recuerdan nuestros lectores el asunto de las lanzas de bambú, empleadas como arma ofensiva por los comunistas; o el ataque de una brigada griega contra los rojos, usando gruesas piedras a falta de mejores proyectiles?

Pues eso no es nada comparado con lo que acaba de ocurrir ahora.

«Por primera vez en la historia de la aviación, un avión ha hecho un prisionero terrestre.» Así dice la noticia llegada directamente del frente coreano. Un soldado rojo que estaba escondido en un seto, se adelantó con las manos en alto hacia un aparato de reconocimiento que acababa de aterrizar en un campo improvisado, rindiéndose al piloto. El soldado fué hecho prisionero.

Seguramente la narración de este suceso ha de servir de nuevo argumento a los que aseguran que lo de Corea carece de importancia. Y, sin embargo, ¡cuán distinto va a ser su despertar cuando se den cuenta de la significación de aquella lucha y de lo que detrás de ella se viene tramando!

Pero veamos lo que nos dice el general Vandenberg.

**NO HAY SUPERIORIDAD NORTEAMERICANA
SOBRE LA URSS**

Después de las seguridades que nos han venido dando en estas últimas semanas, diversos personajes de la vida política y militar de las naciones del Pacto del Atlántico, sobre la superioridad técnica e industrial de los Estados Unidos, capaz de garantizar por sí sola una política de firmeza contra la agresión soviética, el jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas norteamericanas, general Hoyt Vandenberg, hace unas sorprendentes declaraciones ante la Comisión senatorial que investiga la destitución de Mac Arthur.

Vandenberg ha afirmado:

1) Los motores de propulsión soviéticos son mejores que los norteamericanos, gracias a que los Estados Unidos no pudieron traer técnicos alemanes que luego la URSS se quedó.

2) Los rusos pueden producir en masa aviones excelentes.

3) Hasta en 1953 no empezaremos a estar en postura militar adecuada.

4) La Unión Soviética ha dispersado ya sus centros industriales clave, bastante bien.

5) Los Estados Unidos han perdido en Corea 212 aparatos; los comunistas, 149 (2).

6) La Unión Soviética está informada del número de aviones que poseen los Estados Unidos, mientras las autoridades del Pentágono saben muy poco acerca de la situación rusa en dicho aspecto.

7) Aunque la aviación norteamericana es capaz de «pulverizar la Manchuria», la industria aeronáutica de los Estados Unidos no está todavía preparada para reemplazar las pérdidas de aparatos que habríamos de sufrir en el caso de que estallase una guerra mundial.

¿Qué quieren dar a entender las gravísimas manifestaciones de Vandenberg?

(2) «Este hecho completamente nuevo, pues, dando crédito a las coloridas informaciones periodísticas, el norteamericano de la calle tenía la impresión de que los rojos pierden por lo menos cinco o seis aviones por cada uno que pierden los norteamericanos, ha producido mucha impresión» («La Vanguardia Española», crónica de Nueva York).

Hasta ahora, toda la propaganda norteamericana se basaba en las cantidades inmensas, prácticamente inagotables, de material que podían oponerse a los soviets. La Europa occidental había de estar tranquila contando con la amistad y la ayuda de los Estados Unidos.

El general Vandenberg asegura que hasta 1953 puede ocurrir lo peor y que, mientras tanto, los comunistas llevan amplia ventaja. Y eso en tal manera que Norteamérica está construyendo, con toda la rapidez posible, «una aviación que les permita atacar las bases rusas desde el territorio nacional, sin tener que depender de bases de ultramar.»

¿Significan estas palabras la probabilidad de que, en caso de una ofensiva soviética, la Europa occidental cayera fácilmente en manos de la URSS?

¿Que se ha hecho del optimismo irresponsable de los pasados días? ¿Quién tiene interés en provocar el grave confusionismo en que se debate la opinión pública mundial? (3).

LA SITUACIÓN POLÍTICA DE ITALIA

Elecciones en Italia. Se ha votado en gran parte de las regiones septentrionales, para renovar ayuntamientos y elegir los miembros de los Consejos Provinciales.

El hecho más destacado ha sido el retroceso del Partido Demócrata Cristiano aliado con otros partidos de la coalición gubernamental. Aunque los partidarios de De Gasperi han logrado el control de diversos municipios que hasta ahora ocupaban los comunistas, lo cierto es que los cristianos demócratas obtienen muchos menos votos que en las elecciones generales precedentes.

El órgano de la Democracia Cristiana, pese a todo, ha escrito lo siguiente: «La conclusión no puede ser más que ésta: la Democracia ha salido reforzada de la consulta. Los electores han desechado los extremismos y aprobado la línea de la política interna y externa que el país desea» («Il Popolo»).

Lo de los extremismos debe escribirse singularmente en relación al Movimiento Social Italiano, cuyos avances han sido notorios. En lo que respecta a la posibilidad de que la Democracia haya salido reforzada, las conclusiones varían. La verdad es que los órganos perio-

(3) Una de las más graves cuestiones sobre las cuales no se ha hecho todavía la luz indispensable, es la que plantea el envío de materiales estratégicos desde los países occidentales a los Estados comunistas, incluyendo la China roja, a pesar de estar prácticamente en guerra contra Norteamérica y sus aliados. El comentarista Drew Pearson ha dado las siguientes precisiones sobre las firmas norteamericanas complicadas en el asunto:

«Rolf G. Grote, de Nueva York, que ha estado enviando productos químicos a Suiza, de donde han sido a su vez despachados a Rusia.

«La «Pacific Trading Corporation», de Boston, que ha enviado láminas de acero a la China comunista...

«En diciembre pasado revelamos también que la «Aluminium Corporation of Canada», afiliada a la «Aluminium Corporation of America», controlada por los Mellon, había enviado tres millones de libras de aluminio a Checoslovaquia y un millón de libras a Polonia...» («Solidaridad Nacional»).

ACTUALIDAD

dísticos de los distintos partidos se atribuyen la victoria, y los comunistas llegan a pedir la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones generales.

La situación política de Italia continúa siendo extremadamente difícil y delicada (4).

Del 2 al 6 de junio

ACHESON HABLA DE COREA Y FORMOSA

El secretario de Estado, Dean Acheson, ha iniciado sus declaraciones ante la Comisión senatorial norteamericana. He ahí sus primeras manifestaciones:

Corea

1) Las naciones Unidas han hecho numerosas tentativas para poner término a la guerra de Corea, «pero los chinos no han contestado nunca».

2) Cuando los chinos se den cuenta, después de sufrir sucesivas derrotas, de su imposibilidad de expulsar a las tropas de la ONU de Corea, quedará abierto el camino para la negociación. El Estado Mayor norteamericano ha elaborado las bases para un «alto el fuego», el cual sería inmediatamente seguido de un estudio para la retirada de las tropas extranjeras que luchan en la península.

Formosa

1) La isla está en poder del Gobierno nacionalista chino «y continuará estándolo».

2) Los Estados Unidos han evitado la entrada de la China comunista en las Naciones Unidas.

3) Norteamérica se opone al envío de tropas nacionalistas chinas a Corea, para que Formosa no quede desguarnecida. No obstante la presencia de la VII división naval estadounidense, es posible que los comunistas chinos desembarquen en Formosa.

Las palabras de Acheson, al tiempo que tratan de conservar la ilusión en una posible paz negociada en Corea, dan a entender que ha habido un cambio trascendental en la orientación política del Departamento de Estado, en relación con Formosa. Sin embargo, las alegaciones de Acheson son poco convincentes, y la excusa con la que pretende justificar la negativa sistemática en cuanto a la admisión de soldados de Chiang Kai Shek en Corea, parece algo pueril. ¿No se ha venido repitiendo que la flota nor-

teamericana era capaz por sí sola de evitar la invasión de Formosa?

UN DOCUMENTO SECRETO

«Los grupos norteamericanos que se muestran inclinados a criticar a los Estados Unidos por no evitar la pérdida de la isla en manos de los comunistas, lo hacen por entender equivocadamente que tiene una gran importancia estratégica para la defensa de Norteamérica en el Pacífico.»

Eso lo decía el Departamento de Estado en un documento secreto fechado el 23 de diciembre de 1949, es decir, meses antes de comenzar la guerra de Corea.

En el mismo documento —publicado por acuerdo de la Comisión investigadora del Senado— se precisa que toda intervención de los Estados Unidos en Formosa:

«Comprometería a los Estados Unidos en una aventura a largo plazo que produciría en el mejor de los casos una lucha peligrosa y aun un posible compromiso de guerra abierta.»

«Expondría a los Estados Unidos a una violenta campaña propagandística y a una reacción contra nuestro militarismo, nuestro imperialismo y nuestra intervención, aun por parte de los pueblos amigos y especialmente de los chinos que podrían volverse contra nosotros.»

«Serviría maravillosamente a los fines de la Unión Soviética...»

Ciertamente no fué muy clarividente la posición de los dirigentes norteamericanos en 1949. Después de la guerra de Corea y de la magnífica exposición político-militar del general Mac Arthur en su discurso ante el Congreso norteamericano, nadie pone hoy en duda que Formosa tiene un interés primordial, desde el punto de vista de los Estados Unidos, en la concepción estratégica del Pacífico.

Ahora el Departamento de Estado asegura que Formosa no caerá en poder de los comunistas.

¿Es sincera esta afirmación? Pero, ¿no lo era acaso la que hizo en 1949?

ESPAÑA, PORTUGAL Y NORTEAMÉRICA. UNAS PALABRAS DEL SEÑOR LEQUERICA

El señor Lequerica, embajador de España en los Estados Unidos, ha pronunciado un importante discurso en el Club Detroit de dicha ciudad, tratando de la posición de España con respecto a la alianza occidental contra la Unión Soviética.

Según la agencia informativa, «dijo terminantemente el señor Lequerica que, si es necesario, España resistirá al agresor comunista por cuantos medios tenga a su disposición... Al propio tiempo, el embajador español señaló que España puede y desea cooperar en la ta-

rea común al lado de los pueblos que están dispuestos a crear una organización militar para resistir a la agresión.»

¿Cómo llevar a cabo esa cooperación? «Se refirió —continuamos copiando la nota informativa— a los Estados Unidos, añadiendo que dentro de la estructura de sus relaciones con Portugal, España puede establecer con la nación americana las bases fundamentales de cooperación que son hoy necesarias para la defensa de Europa y del mundo. Señaló el contrasentido que representa que hoy en día Europa, disponiendo de casi 300 millones de habitantes del lado de acá del telón de acero, pida la presencia de soldados americanos. Como hasta ahora, por razones políticas, no ha recibido ayuda con arreglo al Plan Marshall, España necesita apoyo económico. El pueblo español ha sufrido considerablemente con esta privación. Es ahora cuando este daño puede repararse.»

Por cierto que en estos días se viene hablando insistentemente de la posibilidad de un Pacto Mediterráneo entre España, Grecia y Turquía. La idea de semejante Pacto parece un poco complicada; es difícil de adivinar cuáles serían sus objetivos reales y sobre todo sus posibilidades prácticas. Creemos más dignas de atención las palabras de nuestro embajador en Washington.

ROOSEVELT Y EINSTEIN

El judío Einstein se ha «dignado» responder a una pequeña encuesta llevada a cabo por el profesor indio Upadhyaya. Y lo ha hecho con una suficiencia sin igual, apostillada por un escalofriante cinismo.

Una de las cuestiones planteadas por Upadhyaya ha sido:

«Se cree generalmente en Oriente que usted ayudó al Presidente Roosevelt a constituir una comisión atómica y a establecer un laboratorio de investigaciones atómicas. ¿Está usted satisfecho del camino que sigue la investigación atómica y del uso que se pretende hacer del arma?»

«—A la primera parte —responde Einstein—, el establecimiento de una comisión atómica, sí; a lo demás, no.»

No deja de ser interesante que Einstein confiese su colaboración con Roosevelt y su intervención directa en la preparación de los trabajos que culminaron con las bombas atómicas arrojadas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, donde por cierto residían importantes comunidades de católicos japoneses. Rasgarse ahora las vestiduras sobre «el uso que se pretende hacer del arma», nos parece un poco excesivo después de aquella inculcable matanza.

SHEHAR YASHUB

(4) El domingo día 3 se han celebrado las elecciones en Sicilia.

Los demócratas cristianos obtienen 666.128 votos y sus aliados socialistas 92.647. En las elecciones de 1948, ambos partidos lograron 1.064.382 votos. La diferencia en menos es muy notable.

Los comunistas alcanzan la cifra de 644.753 votos, frente a los 463.876 que tuvieron anteriormente.

Por último, el Movimiento Social Italiano suma 273.504 votos superando en mucho los 70.064 obtenidos en 1948.

**La Maquinista Terrestre
y Marítima, S. A.**



Barcelona

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE
Salvador Fusté Teixidor



**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)**

CATÓLICO:

DESPIERTA Y MILITA

"ESTEVE Y SAURET"

DE
SAURET Y FLAQUER, S. R. C.

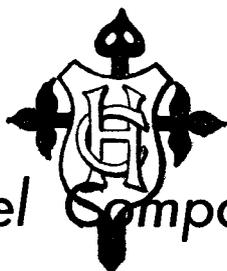
DISTRIBUIDORES DE LOS VINOS

MARFIL DE "ALELLA VINICOLA"

DESPACHO:
ANGELES, 16
TELEF. 21 43 92

BARCELONA

ALMACENES:
JOAQUIN COSTA, 4
ANGELES, 16



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA



Visite las Cuevas de Artá

J. Callaris



MOSCAS
MOSQUITOS
CUCARACHAS
POLILLAS
CHINCHES

Logo

D. D. T. DE ACCION RAPIDA Y PROLONGADA

Voz de siglos... o, mejor voz de eternidad
es la del gran poeta de Cataluña, egregio entre los egregios,
Miguel Melendres. (MORALES OLIVER)

EN SU

BREVIARIO LÍRICO

el poeta ha seguido el mismo cañamazo del Breviario Litúrgico:

Himnos para el Salterio Propio del Tiempo

Propio de Santos, y Común de Santos

Más de doscientas glosas, en forma de Himnos, Antífonas, Lecciones y Homilias líricas ofrecen al lector una inagotable fuente de espiritualidad y de arte.

Precio: Rústica 50 Ptas. Tela: 60 Ptas.
EDITORIAL CASULLERAS - VIA LAYETANA, 85 - BARCELONA

ENCUADERNACIONES

R. Girbes Sanchis

Sagunto, 75

Teléfono 23 33 30

BARCELONA (Sans)